

XIII Certamen de Relatos Breves

# Mujeres 2018



Santa Cruz de Tenerife  
AYUNTAMIENTO





XIII Certamen de Relatos Breves  
*Mujeres 2018*

**Edición**

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

**©de esta edición 2018**

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

**©de los textos**

Las autoras

**Diseño de portada**

Luz Sánchez Aguilar (Pendientera)

**Maquetación**

Gráficas Sabater

**Impresión**

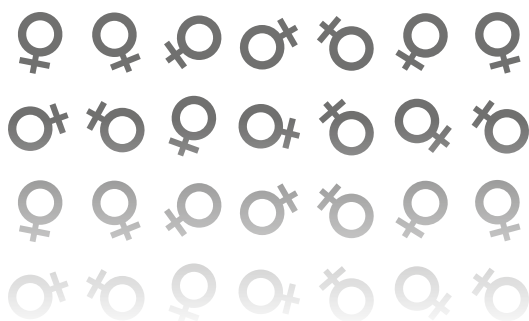
Gráficas Sabater

**Depósito Legal**

TF 56-2019

XIII Certamen de Relatos Breves

# *Mujeres 2018*



**María** Rodríguez Pérez

**Maria Elena** Morales Jiménez

**Elena** Alonso Frayle

**Gema** Otero Gutiérrez

**Katya** Vázquez Schröder

**Beatriz** Imbert Astier

**Gloria** Fernández Sánchez

**Santa Cruz de Tenerife 2018**



# ÍNDICE

---

- 09 Presentación**  
Juan José Martínez Díaz
- 11 Prólogo**  
Alba Sabina Pérez Pérez
- 14 Radio Vigo**  
María Rodríguez Pérez
- 24 El ave que me llevó al Chapare**  
María Elena Morales Jiménez
- 34 Chicas listas**  
Elena Alonso Frayle
- 42 La mirada de yo**  
Gema Otero Gutiérrez
- 50 Una cocina propia**  
Katya Vázquez Schröder
- 58 Estocolmo**  
Beatriz Imbert Astier
- 66 Vestir al desnudo**  
Gloria Fernández Sánchez
- 77 Jurado**





# PRESENTACIÓN

---

Como concejal delegado del área de Igualdad es para mí un placer presentar la publicación que reúne los mejores trabajos narrativos presentados al concurso literario de mujeres que organizamos cada año en Santa Cruz de Tenerife.

Es un certamen especial para el Ayuntamiento en el que han participado 213 mujeres de todo el mundo, lo que constata nuestra voluntad de que Santa Cruz dé voz a la mujer y, lo que es más importante, nuestra voluntad de escuchar esa voz. Con atención.

La voz que nos habla en estos relatos breves, en primera persona del femenino, es una voz internacional en favor de una sociedad que deseamos mejor, de mujeres y hombres libres y con derechos. En igualdad.

Y necesariamente esa voz pone de manifiesto las dificultades y los retos que en torno a la igualdad debe afrontar nuestra sociedad

Al derecho a hablar, a explicar, a narrar le corresponde siempre el deber de escuchar, de entender, de comprender de verdad.

Y eso es precisamente lo que pretendemos al editar esta publicación. Que escuchemos su voz que es la nuestra, la de todos.

Les animo a que disfruten de su lectura.

**Juan José Martínez Díaz**

Concejal de Igualdad del  
Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife



# PRÓLOGO

---

## *La Mirada*

*Cada palabra que escribe una mujer cambia la historia del mundo.*

Carolyn See

No hay literatura sin mirada. La técnica, el estilo, el tono, todo ello es imprescindible pero un escritor o una escritora solo pueden llegar hasta donde su forma de ver el mundo les permite y, a partir de ahí, utilizar todo lo demás.

La historia de la literatura se podría construir de dos maneras: con las presencias, o con las ausencias. Y las ausencias, como los silencios en la música, como los espacios en blanco en la pintura, dicen tanto como dicen los nombres que están presentes. En esas ausencias hay un mapa oculto de la historia de la humanidad, y ese mapa que compone una ruta para salvarnos, está escrito por mujeres.

El canon nos ha obligado siempre a poner el foco en los centros masculinos, tanto intradiegeticamente como extradiegéticamente. Los hombres, dentro y fuera de la ficción, son los que se reúnen en grandes salones, con *whiskies* y puros a hablar de los problemas de la humanidad, de política, de grandes gestas, los que rememoran sacrificios -masculinos-, los que logran los avances y nos permiten existir bajo sus parámetros. Las mujeres se quedan en la cocina, en la habitación, en el parque con los niños, si trabajan, generalmente son las secretarias del hombre importante y, si son ellas importantes, generalmente emulan comportamientos masculinos con un físico femenino heteronormativo. Miramos con menos seriedad, le damos menos importancia a las historias escritas por mujeres. Ellas se ocupan de lo cotidiano, del cuidado de los demás, se sacrifican. La percepción general es, además, que las mujeres que escriben, escriben solo para otras mujeres: ellas nunca interesan tanto. Tenemos el terrible ejemplo de María Joaquina de Viera y Clavijo, la primera poeta canaria, muerta en el siglo XVIII y descubierta solo a comienzos de este, que pasó toda la vida

cuidando primero de sus padres y luego de su famoso hermano, el de María Teresa León, mujer de Rafael Alberti, una escritora magnífica, sensible y lúcida, que quedó siempre ensombrecida por la figura de su marido, el de Zenobia Campubrí, una talentosa lingüista y poeta reducida también a cuidadora eterna de su marido, de la que siempre recuerdo esa terrible anécdota de que debía quedarse encerrada en el baño mientras Juan Ramón escribía porque él quería sentirla cerca, pero no tener su presencia absoluta. O a la maravillosa Daphne de Maurier, autora, entre otras, de las novelas *Rebeca* y *Los pájaros*, ambas solo conocidas por sus adaptaciones cinematográficas por parte de Alfred Hitchcock. Tenemos todas las ocultaciones posibles: mujeres cuyas obras las robaron hombres de su entorno, otras que sacrificaron sus carreras por sus maridos o familiares, las que tuvieron que ocultarse tras pseudónimos de hombre, o las que nunca se hicieron un hueco entre sus homólogos hombres solo por el hecho de ser mujeres. Siempre hemos estado fuera de las agendas, de los centros de poder, de influencia, de dinero, de reconocimiento. La historia de las mujeres es la de las de ausencias que componen otra historia: una que ahora tenemos el deber de contar.

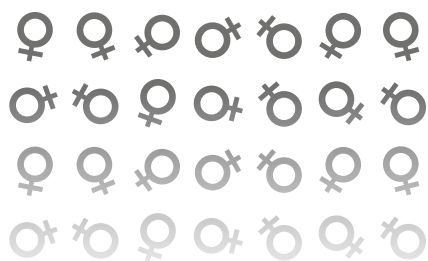
Convocar un concurso de relatos solo para escritoras mujeres tiene un sentido total en el panorama actual: hacer que la mirada del público se pose de otra manera sobre lo relatado, que se habitúe a que no es que las mujeres tengan que conquistar un espacio de hombres, es que el espacio debe recomponerse para que coexistamos todos y todas en él. Necesitamos propuestas como esta, sobre todo por parte de las instituciones y los poderes públicos: que quienes nos representan sienten las bases de lo que es el deber institucional, que abran el camino para que la ciudadanía sea consciente de la necesidad de lograr la igualdad de género en la cultura, colocando a la mujer en el centro para que el camino vuelva, en términos de igualdad, a un punto de partida donde todos y todas tengamos las mismas oportunidades. Todavía en 2019 los hombres están más presentes en mesas redondas y en debates, ganan más premios, tienen más puestos de poder, mayor presencia en los actos institucionales, en las librerías y en las revistas culturales. Y eso debe cambiar.

Esta iniciativa del Ayuntamiento de Santa Cruz, del equipo de la Concejalía de Igualdad, es un ejemplo a seguir. La transparencia a la hora de elegir a los jurados (con paridad y rotatorios a pares cada año para que nunca coincidan los cuatro mismos

miembros), el consenso necesario para cada decisión y la absoluta transparencia con respecto al anonimato de las participantes han sido modélicos. Esta experiencia me ha ofrecido un aprendizaje: se pueden hacer las cosas bien, solo es cuestión de voluntad, honestidad y eficiencia.

Las deliberaciones fueron sesudas pero sencillas y dialogantes. Nos encontramos con relatos de todo tipo: algunos que reproducían clichés que precisamente se deben evitar cuando se escribe sobre mujeres, otros con una perspectiva de género impecable, relatos de menor calidad y algunos brillantes. El ganador, *Radio Vigo*, de la gallega María Rodríguez Pérez, elegido por unanimidad, es el ejemplo perfecto de un relato bien construido, con perspectiva de género, en el que, aun tratando un tema tan difícil de enfrentar literariamente como un intento de violación, evita los tópicos, los lugares comunes y el dramatismo. Es el texto de una escritora con una calidad narrativa innata, capaz de lograr con naturalidad un ritmo vertiginoso y un tono transparente. El volumen lo completan historias que nos gustaron en su conjunto o por algunos aspectos particulares: por la voz, por la originalidad de la historia relatada, por la estructura o lo arriesgado de la propuesta y, en todos los casos, por cómo la mujer se situaba en el centro. Ha quedado un volumen ecléctico e interesante, una pequeña pero valiosa muestra del talento que las mujeres escritoras de este país tienen, que es reflejo del que siempre han tenido, aunque hayan estado en ese otro mapa paralelo del mundo que tenemos el deber de sacar a la luz.

**Alba Sabina Pérez**  
Escritora y traductora



PRIMER  
PREMIO

*Radio Vigo*

María Rodríguez Pérez

## *María Rodríguez Pérez*

Llamadme María, por favor, mi segundo nombre fue fruto de una plegaria atendida aunque otro día os contaré esa historia, y nací en Vigo el año que Armstrong pisó la luna.

Mi carrera literaria comenzó de niña leyendo a cuatro magníficas escritoras, Enid Blyton, Richmal Crompton, Astrid Lindgren y Elena Fortún. Desde entonces escribo todo aquello que me sucede y otras cosas inventadas.

Mis dos primeras novelas constituyeron un aprendizaje decisivo aunque ahora sé que no estaban listas para su publicación. Mientras la tercera estaba en proceso decidí estudiar psicología para comprender el comportamiento humano y construir mejor a mis personajes.

El año pasado gané el *IV Certamen Relatos de Vigo 2017* con un relato titulado “1972”, basado en un suceso personal, y gracias a ello la Editorial Elvira publicará en 2019 mi tercera novela, “La importancia del pez cebrá”. La cuarta ha sido seleccionada bajo seudónimo en el *Premio Torrente Ballester 2018* y espero que se publique pronto.

Hace año y medio inicié un proyecto con el músico Iván Ferreiro para escribir una novela entre ambos, que continúa en proceso. Cada vez que termino un capítulo escribo un relato autobiográfico para relajar la mente, “Radio Vigo” es uno de ellos.

# Radio Vigo

## 1º PREMIO

Siempre pensé que la culpa la tuvo la radio. Aunque quizá fue mía, o más bien de él, pero en fin, todo sucedió en el portal.

En los años ochenta mis padres vivían en el edificio de *Radio Vigo*, primer y segundo piso se destinaban a las oficinas y estudios de la *Ser* y a partir del tercero empezaban las viviendas. El portal era alargado y tenebroso, suelo y paredes revestidos con paneles de mezclilla pedregosa marrón oscuro, tipo encimera de cocina, que alguien debió pensar que era apropiado para *Policarpo Sanz*, una de las calles principales de la ciudad con arbolillos sucios, papeleras limpias y sedes de bancos importantes. Cada día, el gran reloj de agujas de la Caja de Ahorros marcaba el principio y el fin de mi jornada con un avemaría de campanadas.

Había dos ascensores diferentes, uno para la *Ser* y otro para los pisos, torciendo a la izquierda por un corto pasillo. De día te cruzabas con gente desconocida con corbatas o tacones, tatuajes, cabezas rapadas o melenas de rastas, mensajeros con casco, personal de correos acarreamo sacas amarillas, reponedores de refrescos, agua mineral, chokolatinas. De todo. A veces coincidías con alguna persona famosa que se dedicaba a la política o la literatura. Entraban con prisa, sin saludar, y seguían de frente hacia el ascensor principal que esperaba con las puertas deslizantes abiertas y la luz encendida como un cubículo de teletransporte espacial. Las puertas se cerraban mientras revisaban su aspecto ante el espejo, y al cabo de medio minuto el ascensor bajaba solo y mostraba su interior vacío, satisfecho de su eficacia.

Mi cuarto estaba en la parte contraria de la calle y daba a un patio enorme rodeado de edificios que, repletos de antenas parabólicas y largos tubos plateados reptando por las fachadas, mostraban su peor cara. El patio en sí estaba poblado



de extraños compartimentos con cilíndricos depósitos de gas y contenedores misteriosos que zumbaban sin cesar. A veces las gaviotas sobrevolaban ese paisaje desolado sin posarse jamás. Cuando en la *Ser* grababan anuncios, casi siempre en mi tiempo de estudio, el patio entero resonaba con la voz del locutor repitiendo las mismas frases una y otra vez, a volumen altísimo, seguidas de la cortinilla musical a gusto del cliente. Una podía volverse loca en un par de horas.

Aquel sábado por la noche salí con mi novio y, cuando el reloj de la Caja marcaba las tres y veinte de la madrugada, me dejó delante del portal. Con el coche en doble fila esperó a que yo abriese la puerta, le envié un beso con la mano y se fue, convencido de que me quedaba en casa sana y salva. Me di la vuelta y caminé solo dos o tres pasos cuando escuché unos golpecillos a mi espalda. Me di la vuelta y a través del cristal ahumado vi a un hombre que me indicaba con gestos si podía abrirle, como si se hubiese olvidado la llave y le diese pereza llamar al telefonillo. Estaba muy oscuro y no pude distinguir sus rasgos. No tenía pinta de ser un vecino pero por la fuerza de la costumbre pensé que era alguien que iba a la radio, tragando y escupiendo gente a todas horas. Lo cierto es que yo era una chica confiada y no dudé, acercándome solícita y dando muestras de la buena educación que mi madre se empeñó con tesón en inculcarme: no gritar como una verdulera, saludar y despedirse con amabilidad, no reír a carcajadas en público... En fin, que en la penumbra nocturna le abrí la puerta a aquel desconocido.

Una alerta, todavía pequeña, se encendió en mi cabeza en el instante en que pude ver su aspecto en la oscuridad del umbral. A pesar de ser invierno no llevaba ninguna prenda de abrigo, solo una gorra vieja que sombreaba sus ojos y un jersey de punto con un diseño geométrico francamente horroroso. Nadie de mi círculo de amistades llevaría semejante prenda de ropa salvo para disfrazarse de raro. De hecho no recordaba haber visto un jersey así en ningún otro sitio.

Intercambiamos un gesto coloquial a modo de saludo, gracias por abrirme la puerta, no hay de qué. Me di la vuelta y caminé con paso ágil hacia mi ascensor convencida de que él

pasaría de largo y se dirigiría al otro, al de la radio. Entonces me di cuenta de que él no caminaba con paso ágil sino despacio, manteniéndose detrás de mí con una especie de cautela que me hizo sospechar que algo iba mal. La alerta de mi cabeza se agitó inquieta, encendiendo una luz roja parpadeante que me preparó para lo imprevisto.

Torcí a la izquierda y entré en el corto corredor suplicando a los dioses que aquel tipo se despegase de mi espalda y todo quedase en un pequeño susto, una anécdota más que contar en una reunión con amigas en la que de vez en cuando recordábamos los pequeños o grandes sustos que todas nos hemos llevado en tantas ocasiones: el viejo rozándote el culo con el dorso de la mano en el autobús, la grosería que brota a grito pelado desde una furgoneta, el espeluznante susurro en el hombro de aquello que deseó hacernos un hombre adulto cuando todavía llevábamos uniforme escolar; la de penes erectos y cimbreados que nos habían enseñado a propósito tras árboles, contenedores, entradas de garajes o también en la playa, con el descaro del sol.

Él me siguió, bloqueando la única vía de escape con profesionalidad. Mi ascensor me aguardaba impasible, las dos puertas correderas abiertas, la luz encendida. La alerta de mi cabeza se disparó histérica en una cacofonía de tambores y sirenas atronadoras. ¡Haz algo, idiota! ¿Pero qué? ¿Qué podía hacer? Ahora, cuando repaso todo el episodio se me ocurren cien alternativas pero en esos momentos de peligro hay una parte de tu cerebro que se detiene, o que te dice que es posible que todo sea un malentendido, que ese tipo de jersey anticuado vive en el mismo edificio que tú, o que va a visitar a un amigo a las tres de la mañana, o que viene a reparar la antena de televisión de la azotea, también a las tres de la mañana.

Entré en el ascensor y el espejo me devolvió mi propia cara asustada, los ojos muy abiertos, la respiración algo entrecortada, a mi espalda una sombra amenazadora ocupando todo el espacio. Seguro que recé algo mentalmente, a punto de sucumbir al pánico, y me di la vuelta tratando de aparentar entereza mientras él entraba conmigo en el ascensor tapando la salida. Me aparté hacia atrás todo lo que pude sin llegar a apoyarme en

el espejo. Las puertas abiertas, esperando disciplinadas a que uno de los dos pulsase un botón.

-¿A qué piso va? -pregunté.

Qué gracia tratarlo de usted, así, de forma inconsciente. Cortés a pesar de todo, mi madre podía estar contenta, cortés hasta la sepultura. Bajo la luz mortecina del techo contemplé aquella cara por primera vez. Treinta y tantos años, pálido, algo regordete y mal afeitado, me causó una repulsión instintiva. Respirar el mismo aire que él exhalaba en aquel cubículo estrecho, su olor a sudor rancio, daba un asco tan tremendo que casi me desmayo.

-Al mismo que tú -susurró.

Y así sin más se confirmaron todos mis temores. No había confusión posible, aquel canalla miserable no quería seducirme o invitarme a una copa, hacerse el simpático y gustarme lo suficiente para que yo deseara acostarme con él. Pretendía violarme.

Durante unos instantes me inundó el asombro más absoluto. ¡Violación, violación, violación!, la alarma de mi cabeza chilló la palabra maldita que todas pronunciamos con un respeto paralizante. ¡Estaba sucediendo de verdad! Y yo no podía creerlo.

Dicen que en una situación límite nunca sabes cómo vas a reaccionar hasta que no lo vives en carne propia.

-Lárgate o llamo a la policía -dije muy seria y serena.

Yo reaccioné así, sin perder la calma, como si mantuviese el control de la situación. Debo mencionar que en aquella época todavía no había teléfonos móviles, o solo los tendría un agente secreto o un millonario; en esos momentos ni siquiera podía imaginar que pocos años después todo el mundo tendría uno. Realmente no sé por qué pronuncié esas palabras porque es cierto, puedo confirmarlo, nunca sabes cómo vas a reaccionar en una situación límite. Sencillamente proferí mi advertencia como si fuese posible comunicarme telepáticamente con la comisaría, llamar pulsando el 091 en los botones del ascensor, o incluso para mencionar en voz alta la palabra *policía* dentro de

un contexto delictivo con el objetivo de que se activase alguna barrera en las intenciones de aquel malnacido.

Tal vez mostré más nerviosismo del que pretendía porque él sonrió, mirando divertido a una chica de diecinueve años, poco más que una niña, que le plantaba cara con desparpajo cuando en realidad estaba perdida.

Pensé entonces en lo estúpida que había sido y sentí una rabia enorme contra mí misma. Yo, que pensaba que era lista, me había metido voluntariamente en la trampa y todo el mundo diría que casi me lo busqué por ingenua, por abrir la puerta del portal, por no darme cuenta inmediatamente de su objetivo, por dejar que me siguiera hacia un pasillo escondido que no se veía desde la calle, por meterme en el ascensor con él y tenerlo enfrente a sus anchas, a diez centímetros de mí, mirándome desde arriba como a una pulga.

Todas hemos pensado alguna vez en la posibilidad de ser violadas, al escuchar la noticia en televisión o leer algo en el periódico, o cuando te hablaban sobre una víctima que quedaba traumatizada de por vida. En esas ocasiones intentabas imaginar cómo sería, cómo me sentiría si me sucedía a mí, cómo sobrevivir a aquel ultraje asqueroso. Tratabas de no pensar en ello.

Pero en ese momento tuve que pensar en ello porque estaba a punto de padecerlo, ¿debería acceder para que pasase rápido?, ¿dejar que ese cerdo me babase el cuello, besar su aliento ponzoñoso, permitir que me metiese su pene en la boca o infectarme con su semen? La repugnancia sería similar a tragar su vómito y supe que jamás podría hacerlo voluntariamente, que me resistiría, intentaría defenderme entre llantos y alaridos de auxilio. ¿Y entonces qué haría él? Me golpearía la cara, rompería mi nariz y mis dientes, me daría patadas en el vientre o fracturaría mis huesos. Tal vez lo haría de todos modos, accediese yo o no, quizá ya estaba decidido a poner sus manos alrededor de mi cuello y apretar hasta estrangularme.

Una oleada de miedo me recorrió desde la punta de los pies hasta el último pelo de mi cabeza, donde la alerta aullaba aterrada. ¿Era hoy el día que iba a morir? Parecía un día cual-

quiera, hice las mismas cosas de siempre, discutí con mi madre, ayudé a mi hermana a hacer los deberes de matemáticas, saqué a pasear al perro, fui a comprar el pan, todo el vecindario me vio pulular por ahí, me grabaron las cámaras de los bancos yendo y viniendo con normalidad. Y sin embargo fíjate, la mataron esa noche, en su propio portal, a veinte metros de donde sus padres y hermana dormían tranquilamente; imagínate el horror cuando los despertasen, la incredulidad, la conmoción de asumir lo definitivo y terrible, el resto de sus vidas arrastrándose en la amargura.

Vencida y paralizada, deseé echarme a llorar. ¿Quién era ese hombre?, ¿de qué pesadilla había salido con su horrendo jersey y su cara mofletuda de psicópata? Este ser maligno que tenía enfrente poseía una capacidad infinita de causar dolor no solo a mí sino a todo mi entorno, matarnos a todos de algún modo. Pensé en mi novio. Nos queríamos y teníamos planes de futuro, habría dos hijos fantásticos, él quería ser artista y yo escritora, una vida juntos hasta envejecer entre achaques. Mañana domingo íbamos a ir de excursión con el perro, comer bocadillos en algún monte de los alrededores y mirar la forma de las nubes. Ya nada de eso sucedería. Sentí una pena tremenda por él, pensaría que fue por su culpa, por no acompañarme hasta el quinto piso y dejarme sola. En su cabeza repasaría hasta la extenuación los detalles previos, aquello que pudo ser diferente solo por un gesto, un comentario, quedarnos un rato más en el garito anterior, una última copa, un último baile, un último beso que no me dio.

Y él, el monstruo, observando entre las sombras cómo aquel ingenuo muchacho me dejaba en el portal y me decía adiós con la mano desde el coche.

De pronto me tocó ambos brazos como acariciando suavemente a un animal.

-Tranquila -dijo-, no te pongas nerviosa.

Una corriente eléctrica me sacudió entera. Aquel contacto físico me resultó tan insoportable que, sin pensarlo, con toda la fuerza de la que fui capaz, apoyé mis manos en su pecho y le propiné un enérgico empujón que lo expulsó del ascensor.

Vi su cara de sorpresa mayúscula cuando se inclinó hacia atrás mientras yo pulsaba el cinco con urgencia, a punto de entrar en pánico, y mientras ambas puertas empezaban a cerrarse con una lentitud desesperante que me paró el corazón, vi cómo su espalda topaba con la pared del pasillo recuperando el equilibrio.

Se abalanzó hacia las puertas. Su expresión ya no parecía plácida y divertida sino iracunda, sorprendido por mi desfachatez al defenderme, y en el instante en que parecía que las puertas se cerrarían por fin y el ascensor empezaría a subir hacia mi libertad, introdujo ambas manos entre ellas.

Las puertas volvieron a abrirse, disciplinadas e indiferentes ante usuarios decentes o violadores, tal vez indignadas por tanta incertidumbre.

Tuve la sensación de que todo sucedía a cámara lenta, un horror lento, como si ambos estuviésemos flotando en aguas profundas. Y en ese instante comprendí que el ascensor era una ratonera, no saldría viva de allí por mucho que gritase o diese patadas. Mi única opción era escapar hacia la calle.

Antes de que las puertas se abriesen del todo, sin darle tiempo a reaccionar, volví a empujarlo con esa potencia extraordinaria que te proporciona el peligro inminente, la misma que según dicen permite a una madre levantar un coche con sus manos desnudas para salvar a su hijo. Y la escena se repitió exactamente igual, su cara de sorpresa, sin dar crédito a que yo lo hubiese rechazado no una, sino dos veces y de la misma forma, su tambaleo abriendo los brazos mientras yo pasaba a su lado corriendo enloquecida.

Lo demás solo lo podía escuchar, a mi espalda, muy cerca. Como la esposa de Lot, si volvía la cabeza para verlo perdería unos segundos preciosos y me atraparía, convertida en estatua de sal para siempre. Así que corrí mientras retumbaba en mis oídos su encontronazo al darse por segunda vez contra la pared, impidiendo que se cayese, y percibí cómo recuperaba la estabilidad con rapidez y se lanzaba tras de mí jadeando cual bestia furiosa.

Los escasos metros que me separaban de la calle, que yo ya veía a través del cristal, resbalando por el suelo pulido de encimera de cocina, se me antojaron kilómetros al comprobar que él me perseguía como loco, desencajado de rabia. Y sus pisadas sonaban tan horriblemente próximas, tan pegadas a mis pies, que pensé que no me daría tiempo a abrir la puerta porque, naturalmente, se abría hacia adentro.

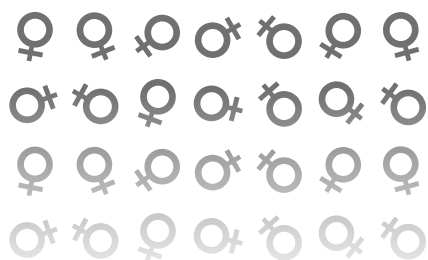
Maldije a los instaladores de puertas de portales. Por culpa de ese detalle tan nimio, justo cuando estaba a punto de salvarme, él me atraparía tirándome del pelo o de la ropa o de un brazo, me lanzaría con fuerza hacia atrás y allí mismo se cebaría conmigo, quizá olvidada la agresión sexual, solo con ganas de matarme a golpes, de destrozarme sobre el felpudo sucio que pisaba tanta gente que iba a la radio, políticos, artistas, novelistas, repartidores de gusanitos.

Agarré el pomo cilíndrico y tiré de él con furia, dispuesta a destrozarlo. Y estoy convencida de que si alguna vez fui testigo de un milagro fue en ese instante, cuando de modo incomprensible pude abrir la puerta lo suficientemente rápido para escapar del portal y huir corriendo por la ancha acera, desmadejada de terror, buscando a alguien que me ayudase.

No había un alma, la ciudad dormía. Me di la vuelta para ver qué hacía él en plena *Policarpo Sanz*, con cuatro carriles y bancos importantes. Lo vi caminar muy aprisa en dirección contraria, huyendo de mí bajo los aleros para confundirse con las sombras.

Miré a mi alrededor aturdida, buscando ese coche patrulla que siempre pasaba cada tres minutos y ahora había decidido volatilizarse. Ningún coche circuló por allí hasta que el hombre desapareció tras la esquina.

En lo alto, el reloj de agujas de la Caja de Ahorros solo marcaba las tres y media. Todo sucedió en apenas diez minutos.



ACCÉSIT MEJOR  
AUTORA LOCAL

*El ave que me llevó al chapare*

Maria Elena Morales Jiménez



## **Maria Elena Morales Jiménez**

Doctora en Bellas Artes por la Universidad de La Laguna y ha estudiado Ciencias de la Información en la misma universidad. Ha publicado multitud de artículos sobre arte en libros, revistas y periódicos (*Abc-Canarias*, *El Día*, *Diario de Avisos* y *La Opinión de Tenerife*). En el terreno de la literatura ha publicado varios relatos y la novela *Malgache* (Ediciones Idea, Tenerife, 2004; segunda edición: enero de 2008). Su tesis doctoral *Lo pintado y lo escrito. Límites y conexiones. Análisis comparativo entre pinturas de Remedios Varo y textos de Isabel Allende* fue editada por la Universidad de La Laguna en soporte informático (Tenerife, 2005), y resumida y revisada en formato de ensayo en el libro *Los universos mágicos de Remedios Varo e Isabel Allende. Fantasmas y espíritus* (Ediciones Idea, Tenerife, 2006). Además, ha publicado, entre otros libros, el volumen de entrevistas *DialogArte, conversaciones en torno al arte actual en Canarias* (Ediciones Idea, Tenerife, 2010) y el ensayo *Los lenguajes de la Conca. Arte para tocar el alma* (Tenerife, Ediciones Idea, 2011). Desde 2014 dirige la editorial Escritura entre las nubes y desempeña también su labor profesional como profesora de escritura creativa en distintos puntos de Canarias.

# *El ave que me llevó al Chapare*

ACCÈSIT MEJOR AUTORA LOCAL

No recuerdo de forma nítida cómo transcurrió mi vida antes de los ocho años, pero, en sueños, a veces distingo a mi mamá derramando lágrimas en silencio, con los ojos rojos o morados y el pelo revuelto; a menudo, con dos niños pequeños en brazos y otro más enredado entre sus piernas, como si quisiera protegerlos. También veo a un hombre tambaleándose al llegar a casa, un hombre que da portazos y puñetazos sobre la mesa, un hombre que grita, insulta y pega a mi mamá. Yo –no sé por qué razón– nunca temí a ese padre violento y extraño. Solo hablé con él para defender a mi mamita, para decirle: «No la toques, déjala, ¿no ves que está muy triste..?». Después de un tiempo, algunos meses, quizás un año, se fue.

De lo demás, de la otra parte de mi infancia, no he olvidado nada. Al contrario, puedo revivir cada detalle, visualizar un día y otro día y otro más de esa etapa de mi existencia tan homogénea, porque las jornadas se repetían como si compitieran entre sí por copiarse unas a las otras, como cromos de un álbum imposible de completar al ser todos ellos casi iguales; porque yo era incapaz de sentir con plenitud; porque yo era media yo, solo media, ya que me faltaban muchas horas de sueño y, sin poder evitarlo, en ocasiones dormitaba mientras trabajaba como una autómatas programada.

El despertador me arrebató de mi cama a las cinco y cinco cada mañana. También los domingos. La bocina insistente me obliga a correr a empaparme los párpados con el agua helada del grifo del patio. Mi ropa es escasa, casi siempre la misma, lavada el día o la noche anterior. En un santiamén me he puesto una camiseta y los pantalones raídos. Me cepillo, en dos frotadas, mi pelo negro que ya sobrepasa mis hombros y lo sujeto con mi diadema de tela.

Subo apresurada a la parte de detrás de la camioneta junto a mi mamá. Mis hermanos se han quedado durmiendo. Yo tam-

bién quisiera seguir soñando. Cierro los ojos a pesar de que voy de pie; lidio con mi propio equilibrio en ese auto revoltoso. Y otra vez la bocina. Suben más mujeres y más niñas. La plantilla se completará cuando haya treinta. Treinta féminas de distintas edades –con rostros de indias, muy morenas, apretadas y somnolientas– vamos a ganarnos el pan del día y algo más; o, tal vez, algo menos.

Y por eso, sonrío. Mi sonrisa es tan grande que me duele la boca de estirla. Me he acostumbrado a sonreír y ya lo hago de un modo automático. Mis labios se estiran solos como si quisieran tocar a mis orejas. Cierro los ojos y siento el aire en mis mejillas. Sé que soy muy importante. Soy la única, de todos mis hermanos, que llevo dinero a casa. Yo soy la que acompaña a mi mamita a la fábrica. No querría quedarme en el pequeño cuarto que es mi casa atendiendo todo el día a los pequeñajos, que cuida Mavi, mi hermana gemela.

Me agarro fuerte al vestido de mi mamita y cierro otra vez los ojos. Aún queda un rato para llegar, aún queda un rato para dormir, de pie, equilibrando mi frágil cuerpo en cada curva de un trayecto que conozco de memoria.

«Vamos, Salma, ya hemos llegado».

Hasta las ocho de la noche no podré parar de desplumar a estas pobres aves, tras cortarles los pescuezos, despedazarlas y despojarlas de sus tripas. Solo tendré algún descanso para comer. Nos traen el plato con la comida a la misma larga mesa donde trabajamos; paramos un rato y luego seguimos con nuestra faena. Apenas servirán una sopa, un trozo de carne y pan.

Es imposible pensar en entablar amistades en ese lugar. Solo hay tiempo para decir «buenos días» o «buenas noches».

Nos dan cinco pollos vivos, pero están inconscientes, por- que previamente los han sumergido en agua hirviendo. Les ata- mos las patas, amarramos a los cinco juntos. Les propinamos un corte en el pescuezo con el cuchillo, los dejamos desangrar. Les sacamos las tripas. Esta es la parte más delicada y en la que tenemos que tener más cuidado porque si llegamos a reventar un intestino, se puede contaminar la carne. Una vez que los hemos despojado de todas sus vísceras, los metemos otra vez

unos minutos en el agua hirviendo; luego los sacamos y los desplumamos. Cada día, yo sola arreglo cincuenta pollos.

Me pregunta que si me impactó la primera vez. Pues no. Nunca me impactó. Para mí era lo normal. Mi mamá ya me había avisado. El primer día me fijé bien en cómo actuaban y en cómo daban cada paso las demás, y lo mismo que vi hice. No me dio miedo ni pena.

Para mí lo peor no es el trabajo en sí. Lo peor es que tengo siempre mucho sueño. Siempre siento ganas de dormir. Es como si mi cabeza estuviera habitada por una nebulosa. Todo el rato me siento aturdida y en lucha con mis legañas gigantes. Para espabilarme suelo ir a donde están los pollos lavados y me restriego la cara con hielo o chupo un trozo. Así logro estar algo más despierta. Pero el trabajo es fácil porque eternamente es igual. A veces, cuando estoy a punto de volver a cerrar los ojos, un señor mayor, don Valentín, grita con su voz áspera y ronca: «A las 20:30 horas tienen que estar los mil quinientos pollos listos. Tenemos que despachar a La Paz».

Mujeres y niñas estamos apuradas. Hay que dejar los pollos embalados. Los colocamos en canastillos; en cada bandeja van veinticinco y, encima de estos, veinticinco mollejas y cincuenta patas. Una vez listos, llega un hombre y los mete en un camión. Entretanto nosotras nos subimos al micro que nos regresará a casa. Y yo vuelvo a sonreír, pero mi sonrisa ahora es forzada, falsa, muy poco natural..., aunque igual de larga y estirada que mi sonrisa verdadera, porque por nada del mundo quiero que mi mamita piense que estoy triste y cansada.

Cada día, mientras mi mamita y yo desplumamos pollos, Mavi cuida a mis hermanos: Santi, de dos años, Ricardo, de cuatro, y Mateo, de cinco.

Mavi limpia el cuarto; lava y ordena la escasa ropa que guardamos en cajas de cartón apiñadas en una esquina; hace nuestras camas: tenemos unas sábanas sobre unos plásticos que cubren la paja que hay esparcida sobre las estructuras metálicas, nuestras camas son muy duras, pero ¡duras, duras!

En nuestra cocina de leña (unos troncos rodeados de unas piedras), Mavi prepara el desayuno (agua con avena) y el al-

muerzo (arroz, huevos fritos, sardinas, atún o... ¡pollo!). Por la noche, nos estará esperando para cenar (cenaremos algo parecido al almuerzo...). Los pequeños ya estarán dormidos.

Mi casa está en Cochabamba. Es un cuarto con una ventana y dos puertas. Una puerta da al patio y la otra, herméticamente cerrada, linda con la casa de los dueños. Guardamos los cacharos en una caja: tres ollas, un caldero y una sartén. No tenemos ni un solo electrodoméstico, ni nevera, ni televisor, ni lavadora, ni microondas. Nada. La comida no se guarda. Ese día se cocina y ese día se come. Mavi también compra pasta, papas, pan y té.

En nuestra vivienda no hay aseo. El inodoro es un pozo ciego cavado en la tierra. Dura dos o tres meses. Cuando va por la mitad se tapa y el dueño abre otro. Menos mal que el patio es muy grande. Enseguida crecen muchas hierbas, por eso no huele mal. Mi hermana, incluso, plantó una vez un papayo. El inodoro está separado por una cortina de plástico sujeta a una estructura metálica con un techo de chapa. Se va cambiando cada vez que se hace un nuevo pozo. Nos lavamos en una bañera que rellenamos a cubos con el agua del grifo del patio. De este único grifo sacamos también el agua para cocinar y para todo lo que haga falta. El agua sale fría, claro.

El cuarto donde vivimos es una de las cinco habitaciones de una casa donde habita una familia de mineros jubilados. Ellos nos la alquilan. Ellos sí tienen cocina, aparatos, sillones y un cuarto de baño en buen estado, pero nada de eso lo comparten con nosotros.

En ciertas ocasiones, mi mamá me recuerda (y he logrado atisbar alguna instantánea fugaz de esos tiempos) que antes residíamos en un apartamento bien equipado, porque mi papá trabajaba de portero en una discoteca de lujo y ganaba una buena plata. Por entonces Mavi y yo llegamos a asistir durante casi un curso escolar completo al colegio. Aprendimos a leer y a escribir y a realizar operaciones básicas de matemáticas. El problema comenzó cuando, poco a poco, mi papá se dio a la bebida. Llevaba una vida muy desordenada, con nefastos horarios nocturnos. Esto y otros graves problemas –se había metido también a realizar algunos negocios turbios– le frustraban de

forma desmedida. Así que le cambió el carácter y toda su furia la vertía siempre contra mi pobre mamita. Cuando mi papá nos abandonó, tuvimos que mudarnos al cuarto que nos alquilaron los exmineros, dejamos de asistir a la escuela y mi mamita yo nos empleamos en el primer trabajo que nos ofrecieron.

Mi mamá lloraba y lloraba y lloraba y lloraba. Lloraba de pena por no poder salir adelante ella sola y tener que recurrir a la ayuda de sus hijas e incluso emplearlas.

Un treinta y uno de agosto mi papá murió atropellado. Debido a que seguía inmerso en esos negocios tan poco recomendables, la noticia saltó a los noticieros de Cochabamba, pero eso sucedió cuando Mavi y yo ya habíamos cumplido catorce años, y en nuestras vidas, en nuestras mentes y en nuestros cuerpos ya no quedaba ni una sola molécula de niñez.

Le aseguro que trabajé un lustro, entre los ocho y los trece, en ese matadero de pollos. Ahora lo llamamos así, con su nombre real, «matadero», pero cuando laborábamos allí mi mamita siempre se refería a ese lugar como la «fábrica». Supongo que no deseaba asustar a sus cinco hijos. Estos días, en la clase de Lengua de la Escuela para adultos, he aprendido que eso es un eufemismo. Nosotras no «fabricábamos» pollos, está claro que los matábamos. Pero lo que le quería contar a usted es que, gracias a mi sueldo en el matadero o en el «complejo industrial» (he visto que así lo nombran muchas veces en los periódicos), y luego gracias a mis sucesivos sueldos en otros empleos que tuve, mis hermanos cursaron la educación primaria, obligatoria y gratuita cuando les correspondía. También asistieron a las clases de Educación secundaria y obtuvieron el Diploma de Bachiller... Sí, ellos fueron afortunados... En cambio, yo... apenas empecé a estudiar unos meses entre mis seis y mis siete años y luego ya no pude seguir hasta que fui adulta... Mi oportunidad llegó tan tarde..., tan a destiempo... y con tanto esfuerzo...

El día que cumplí trece años tuve un sueño en la camioneta en el trayecto desde mi casa hasta el matadero. Este se me repitió luego varias veces cada vez que me quedaba taciturna. El caso es que al llegar al complejo industrial me apropiaba de un pollo vivo. Sí, en realidad, no lo quería robar, solo quería

librarlo de su triste destino. Me escondía entre las jaulas donde todos piaban como locos y abría la puerta. Un pollo se escapaba, pero permanecía atolondrado y asustado. Yo quería esconderlo, pero no tenía nada, ni un saco, ni una mochila; bueno, tan solo un abrigo minúsculo. Así que, antes de que me viera don Valentín, me escurría por la puerta como una sombra, salía de allí con el pollo salvado y vagaba sin rumbo por los alrededores. Como no sabía adónde ir, me angustiaba. Entonces, soltaba al pollo y le decía: «Venga, señor Pollo, guíame tú. ¿A dónde vamos? ¿A dónde me vas a llevar?». El pollo, ya más tranquilo y viéndose libre, caminaba despacio y con cierta dificultad, pero muy decidido. Juntos dábamos bastantes vueltas, andábamos sin parar hasta llegar a la avenida Oquendo y República. Luego el ave comenzaba a dar saltitos, como si quisiera volar, hasta que, mostrando una gran alegría y piando por haber encontrado su destino, se detenía justamente en la parada de buses al Trópico. Al llegar el bus en dirección Villa Tunari, la capital turística del Chapare, el pollo no dudaba en subirse. En ese momento, yo me despertaba.

Días después me di cuenta de que ya no venía la hija de Catalina, una de nuestras compañeras. Su puesto había sido sustituido por otra señora mayor. No pude resistirme a preguntarle por ella. «Ha conseguido un trabajo de cocinera en una pensión de Villa Tunari. No he podido ir con ella porque tengo otros hijos pequeños a los que atender, pero ella nos enviará dinero desde el Chapare y todos estaremos algo mejor».

¡Ooohhh...!, el Chapare siempre lo había imaginado como un territorio mágico, pero sobre todo... ¡era el destino al que se dirigía el pollo que aparecía en mi sueño!

«Catalina, ¿no crees que tu hija, tal vez, pueda encontrarme allí, en el Chapare, un empleo también para mí?», me atreví a preguntar.

Y así fue. Tan solo pasaron unos meses cuando me vi dentro de un bus hacia Villa Tunari, en plena selva tropical, para trabajar como mesera en una pensión.

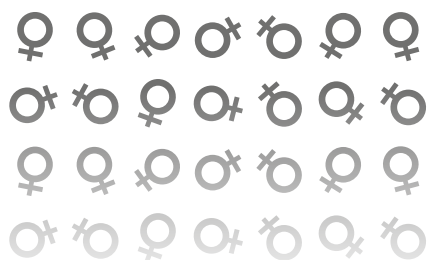
Alguien me ha comentado que mi sueño del pollo liberado significa que yo, en realidad, no quería proteger a este pobre

animal, sino salvarme a mí misma de un destino cruel, en el que yo era tratada como una mísera y cosificada ave. Ese sueño me despertó: me impulsó a estar más atenta, me incitó a preguntarle a la señora Catalina por su hija, que era de mi edad. En definitiva, fue esa ave la que me llevó al Chapare.

Y sí: logré poner fin a una etapa de mi vida que quisiera olvidar para siempre. Comenzó entonces para mí una nueva existencia, totalmente distinta, en una de las zonas más lluviosas de la tierra, famosa porque en ella se cultiva la hoja de coca. Aunque tengo que confesarle que allí la vida tampoco resultó nada fácil..., pero eso ya se lo cuento otro día, porque es hora de prepararle la tortilla francesa y la ensalada a la señora Manola. Y usted, ¿se queda a cenar?







# PRIMER ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

## *Chicas listas*

Elena Alonso Frayle

## *Elena Alonso Frayle*

Nació en Bilbao en 1965. Licenciada en Derecho y graduada en Administración de Empresas por la Universidad de Deusto. Master en Estudios Europeos por la Universidad de Nancy. Tras haber vivido en Francia, Senegal, Alemania, Argentina y Tailandia, actualmente reside en Mongolia.

Su labor como escritora ha sido reconocida con innumerables premios, tanto de cuento («Ignacio Aldecoa», «Gabriel Aresti», «Fernández Lema», «La Felguera», «Miguel de Unamuno», etc.) como de novela. Sus libros de relatos «Llegados a este punto» y «La hora de los vencejos» han obtenido en México el premio “Sor Juana Inés de la Cruz”; sus dos volúmenes de relatos, «El hilo conductor» y «Cambios de última hora», fueron ambos seleccionados como finalistas del Premio Setenil (ediciones 2014 y 2016), al mejor libro de cuentos publicado en España.

Ha publicado, además, las novelas «El legado de la misión Iwakura» (2010), galardonada con el Premio “Gabriel Sijé”, «El silencio de los siglos» (2013), que obtuvo en México el Premio Internacional de Narrativa Editorial Siglo XXI, y las novelas juveniles «La edad de la anestesia» (2014), XIV Premio Alandar, y «Los niños cantores» (2015), XXVI Premio Ala Delta.

# Chicas Listas

## PRIMER ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

El color de los ojos, al menos, no me ha cambiado. Siguen siendo los mismos ojos verdes, felinos, seductores. Ahora miran al vacío, a un punto secreto del aire, sin concentrarse ni enfocar nada en la penumbra. Tampoco podría, aunque hubiera más luz, poque no dejo de pensar en la llamada. Ojalá pudiera arrinconarla, pensar en ella más tarde, mañana, como hacía aquella Scarlett O'Hara, la de la película. ¿No era yo Scarlett? Eso me decían las amigas del colegio. De pronto me da por recordarlo. Que yo era igualita a la Scarlett, decían. «Constanza, tú te pareces a la actriz que hacía de Scarlett». Cómo se llamaba aquella actriz. Vivienne o Vivian o algo así. Yo ya no me acuerdo de nada, y eso que era mi doble. ¿Vivian Lake? Qué mal se me daban los nombres ingleses. A las actrices las conocía todas, de cara y así. Pero los nombres se me daban fatal. Era por no saber inglés. Pero para qué habría yo de meterme a aprender inglés solo para saber los nombres de unas cuantas actrices. O actores, lo mismo daba. Demasiado esfuerzo inútil. Yo no era como esa prima mía, una chica tan lista, que hablaba no sé cuántos idiomas. Pero ella no tenía mis ojos, ni le decían que se parecía a Scarlett. Recuerdo cuando hicimos el baile de disfraces —qué tendríamos: quince, dieciséis años—; ella, mi prima, rabiaba, porque a mí la abuela me hizo un traje de Scarlett, todo de sedas grises y asalmonadas, con esa gomita en el escote, que uno podía bajarla y dejar los hombros descubiertos, en plan descoque, como hacían las bellas señoritas de Tara, para estar más atractivas y seducir a Clark Gable. De ese nombre sí que me acuerdo, con su bigotito tan fino. Qué suspiros. Y cómo la plantaba al final, qué digno ese hombre. Y ella, que ya lo pensaría mañana. Ojalá yo también pudiera pensar lo mío mañana, pero supongo que no puedo hacerlo. Que tengo que vestirme y ponerme guapa, que hasta en un día como hoy para una mujer como Constanza, lo primero es lo primero. Aunque solo sepa pensar en esa llamada.

Y va a ser difícil que hoy me componga yo el rostro. No había hecho más que dormirme, todavía ni entraba la luz por las persianas; entonces es cuando ha sonado el teléfono. Y me ha despertado, claro. Un timbre que no era el despertador; más agudo y exigente, mucho más. Como reclamando atención urgente. Se le desboca a una el corazón cuando suena el teléfono a deshora, siempre se piensa lo peor. Y me ha costado alargar la mano hasta el aparato, pues estaba yo muy calentita entre las sábanas, y tener que destaparme; aunque sólo sea la mano o el brazo, le cuesta a una un esfuerzo invencible y entra un repelús de escalofrío que se te cuele bajo la manta. Además, con la nohecita que habíamos pasado. Nohecita toledana. Hay que aprovechar esas noches que no está Alejandro de guardia, que se queda en casa, y yo sé que no tengo más que mirarlo con mis ojos de Scarlett para que se me deshaga entre las manos. Y es que el hechizo y el embrujo no lo ha perdido una. Otra cosa es cuando me llega a casa con la bata blanca del hospital toda salpicada de sangre de alguna urgencia. Que se montan al helicóptero y en un plisplas se llegan hasta donde haya ocurrido un accidente o una desgracia y se ponen a socorrer a las víctimas; hay veces que me cuenta unas historias y unos detalles truculentos, que yo me tengo que tapar los oídos y le arrugo la nariz y me marcho del cuarto haciendo muecas de asco, pero en realidad me marcho porque me asusta pensar en la gente. En la gente que se muere, no quiero ni imaginarlo. Así que me llevo su bata manchada y la voy agarrando con la punta —solo con la puntita, que no me roce nada— del índice y el pulgar, y poniendo buen cuidado en que la bata ensangrentada no manche nada en su trayecto a la lavadora, y además ahora, con las historias que se escuchan, que si virus extraños, qué sé yo, que ya no sabe una ni el mundo en el que vive. Ya le digo yo siempre a Alejandro, que ponga buen cuidado en no traerme nada raro a casa.

Alejandro también habrá oído el timbre del teléfono, sin embargo, he tenido que ser yo la que sacara el brazo de debajo de la manta para atenderlo. A pesar del frío. Siempre tengo que ocuparme yo de todo, lo que vale una mujer en una casa, sí, igual que Scarlett, ella también se ocupaba de todo, así he sido yo siempre. Sobre todo desde que nació Susana. He tanteado

sobre la mesilla, hasta dar con el aparato. Levantarlo y pulsar la tecla correcta en la oscuridad. Y entonces, la voz. Esa voz fría, metálica, impersonal, como para alejarse de la desgracia. Me lo ha dicho de golpe. Un accidente, un autobús escolar que volvía de una excursión, varios niños muertos. Dios mío, pienso en Susana. Dios mío, Susana, Susana, Susana.

Quién era, me ha preguntado Alejandro, tras colgar yo el teléfono. Así que estaba despierto y, sin embargo, no ha tenido la decencia de alargar él el brazo, estaría demasiado a gusto bajo la manta o demasiado ensimismado, pensando todavía en la nohecita toledana. Aunque ha comprendido enseguida y ha sido rápido en marchar, que un hombre no tiene que componerse el rostro, ni tiene los ojos verdes, y además él ya sabe mucho de salir rápido, con tanta urgencia y tanta víctima y tanta bata manchada de sangre. Y lo he visto salir de un salto de la cama, que parecía que con dos zancadas de ese calibre ya estaría en la calle, pero no, le faltaba vestirse, de eso al menos se ha dado cuenta, todavía desnudo tras la nohecita de marras. Lo he visto dirigirse al armario, y me daba la espalda, así que no le veía la cara, pero sí el revuelo de prendas que me ha organizado en un segundo, que salían volando, como si las tirara con rabia o como si no razonara. Que no se trataba más que de encontrar un pantalón y una camisa, cualquier cosa valdría, digo yo, un hombre es un hombre. A lo sumo algo de abrigo por encima, pero eso no lo encuentra aquí, sino en el armario de la entrada. Y eso pensaba yo, Alejandro, abrígate, mira que todavía no ha amanecido y que a esta hora es cuando más se enfría uno. Pero me notaba las palabras hechas un nudo en la garganta, y que alguien había puesto un tapón para que no pudieran salir. Así que me tocaba pensar y seguir pensando y pensar más. Aunque hay cosas que quisiera una dejarlas para pensarlas mañana, como si fuera una de esas bellas damas antiguas de miriñaques y cabecitas sembradas de tirabuzones.

Y mientras tanto Alejandro ya no estaba. He oído la puerta de la calle cerrarse con estruendo de terremoto, que ha hecho temblar toda la casa. Así se cerrará la puerta del infierno, eso pensaba yo, con un barrabún definitivo que ya no tiene vuelta atrás. De ahí ya no sales, nunca más. Y yo, como una tonta con

la mirada perdida y sin saber qué hacer a continuación. Que en la penumbra por fin se me han quedado los ojos prendidos de ese cuadrito tan pequeño y tan fino que cuelga frente a la cama, nos lo trajeron de Costa Rica, o de Puerto Rico, qué sé yo, que confunde una todos los nombres. Una miniatura en esmalte, un árbol de esos tropicales, tan enormes que dan vértigo, y tan frondoso. Un araguaney, pienso de pronto, a saber de dónde me vendrá la palabra, de las clases de ciencias seguro que no, pero es un nombre que suena misterioso y tropical, eso no se puede negar. Y entre sus hojas va una descubriendo todas esas aves exóticas, que aquí solo se ven en los zoológicos, todas tan parecidas. Creo que algunas sí que las estudiábamos en el colegio, en las clases de ciencias, pero a quién le interesaba saber los nombres de pájaros que tan solo existen en países a los que una nunca irá. Ni ganas. Lo único por Susana, que los niños, incluso las niñas, (aunque tengan los ojos verdes como su madre y no tengan más que crecer y ser guapas), incluso las niñas, de todo quieren saber el nombre. También de los pájaros del cuadrito en el cuarto de los padres, aunque sean tan pequeños y delicados que casi ni se ven. Y yo, como lo preguntaba Susana, pues como una boba me acercaba hasta el despacho donde guarda los papeles su padre. Y me dirigía a la enciclopedia, esa que compramos una vez hace mil años, que era tan buena oferta. Y pasaba el índice por los lomos encarnados de los volúmenes, preguntándome dónde encontraría las respuestas para las preguntas de Susana. Y entonces pensaba, AVES, claro, lo mejor buscar primero en aves, que igual de ahí me irían pasando a aves tropicales o algo así, que a una también se le ocurren cosas, yo no sabré tantos idiomas como mi prima tan lista, pero se me van ocurriendo las cosas, y así voy resolviendo mis pequeños problemas cotidianos, voy viviendo, poquito a poco. Y pensaba que seguro que ahí saldrían retratadas las aves del cuadrito y así podría hacer feliz a Susana. Que es lo que a mí siempre más me ha importado, lo que más de todo. Susana.

He dejado de mirar el cuadro y los ojos se me han enganchado en los numeritos brillantes del radio-despertador, 6:45, 6:46, 6:47, 6:48. El tiempo, que sigue corriendo, aunque una en ese momento apenas pueda creer que hay tiempo en la vida, y que seguirá corriendo. Antes me angustiaba que el tiempo

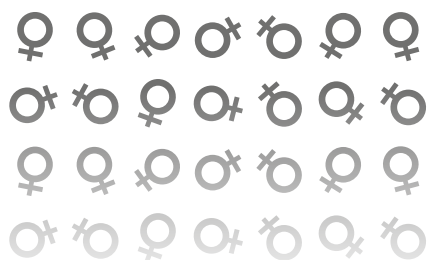
apagara el fuego de mis ojos verdes. Pero no se lo decía a nadie, para qué va una a levantar la liebre. Una vez una amiga me dijo que ella, a los cincuenta, aspiraba a parecer una *barbie*, que para eso estaban las cirugías. Y yo, toda escandalizada, «estás tú tonta, para qué te vas a meter a un quirófano, si total, lo que cuenta es la belleza del alma». Eso me parecía muy profundo, lo de la belleza del alma. Aunque luego pensaba, que le pregunten a Alejandro, mucho amor y mucha alma, pero en el fondo a los hombres quienes les gustan son las mujeres guapas. Así que yo no lo decía, pero pensaba que bueno, que por qué no, igual no tanto como una *barbie*, pero antes que perder el embrujo de la mirada y que Alejandro dejara de derretirse entre mis manos, pues antes que eso, ya se podría hacer algo, digo yo. Y que lo estaría haciendo por él, y no por mí, que es a él a quien le gusta que su mujer sea guapa. Pero los numeritos del radio-reloj siguen corriendo 7:01, 7:02 y yo, de golpe, pienso que no hay *barbies*, ni cirugías que puedan contra el tiempo. Que al final todos terminamos en lo mismo, y que eso lo acabo de ver con esa llamada en plena madrugada. Y de qué ha de servir disfrazarse y luchar, cuando lo peor te alcanza, y te alcanza a cualquier edad. Y a quién le importa del brillo de la mirada cuando tus ojos ya solo sabrán llorar. Porque lo peor es cuando no eres tú la que se va, sino cuando se te marcha la vida que tú echaste a andar.

Ya por fin los primeros rayos de luz se filtran a través de las persianas: parece que hoy será un día soleado. Escucho en la calle los sonidos del nuevo día que comienza. Los frenos gastados de un autobús chirrían agotados, las voces de algún vendedor ofreciendo su mercancía, los contenedores de basura volviendo a su lugar, un claxon perdido, a lo lejos, la sirena de una ambulancia. Ambulancia. De nuevo tengo que pensar en la llamada. Pero ahora me asusta menos. Noto más el alivio y la gratitud. 7:24, proclaman ya los numeritos. Veo el revoltijo de prendas que me ha formado Alejandro al marcharse de esa manera. Aquí sobre la cama, una chaqueta, que me la ha dejado hecha una bola, ahora que hay más luz lo veo, habrá que llevarla al tinte, de cómo habrá quedado de arrugada, ha de ocuparse una de todo. En el suelo, varios pares de calcetines, así, en fila, que parecen las piedras de Pulgarcito, para qué sacar tantos,



digo yo, si con un par le valía. También los zapatos, desaparejados, como si se hubieran peleado, uno asoma por debajo de la cama. Y más allá, cerca de la puerta, un pantalón, que Dios sabrá cómo llegó hasta allí. Supongo que tendré que levantarme y poner un poco de orden, y armarme de fuerzas para olvidar la llamada y para ser fuerte, como Scarlett.

Y entonces la veo, en el marco de la puerta. Parece un pequeño fantasma, con su camisón de algodón blanco, tan vaporoso, y sus cabellos castaños tan revueltos, que tendremos que pasar hoy mucho, mucho tiempo cepillándolos. Y los ojos, más verdes aún que los de su madre, pero que ahora todavía no se le ven, porque mi niña se muere de sueño y no los abre. Se acerca con paso inseguro y yo le digo, «ven, Susana, ven con mamá, que todavía tenemos unos minutitos antes de levantarnos y hoy mamá está muy triste y necesita abrazarte». Y ella sonrío dulce, dulce, apenas entreabre los labios. Da unos pasitos rápidos y hop, de un salto ya la tengo en mis brazos. Y siento su cabecita en mi vientre y entonces recuerdo, como hago tantas veces, cuando todo su cuerpo era poco más que su cabecita de hoy, y yo la llevaba dentro y sentía ese peso que me acompañaba siempre. A veces pensaba qué gorda, qué gordísima que estoy, habrá que ver cómo me quedo después de esto. Y me importaba, ya lo creo que me importaba, aunque tampoco lo decía, porque no estaba bien visto que una buena madre se ocupara de esos detalles. Claro que no todas las madres tienen los ojos verdes y un marido como Alejandro, al que le gusta que su mujer esté siempre guapa. Lo cierto es que ahora siento la cabecita de Susana y pienso en la llamada y ojalá que la volviera a sentir dentro, muy adentro, con todo su peso y sus kilos. A quién le importa de los kilos, me digo, y acaricio sus cabellos. Pienso en esas madres de la llamada que ya nunca acariciarán cabellos, ni dulces pieles, ni nada más que amargos recuerdos. A ellas ya se les cerró para siempre la puerta esa del infierno. Sin vuelta atrás. Entonces le digo, «Susana, recuerdas los nombres». Y ella ya sabe a lo que me refiero, y sin abrir los ojos responde con sus vocécita suave, «tucán, chachalaca, elenia, corvejón, oropéndola, tinamú, zopilote y tângara». Yo siento un sabor salado de lágrimas y susurro: «hemos de levantarnos y vestirnos, que hoy empiezas tus clases de inglés, Susana».



# SEGUNDO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

## *La mirada de yo*

Gema Otero Gutiérrez

## *Gema Otero Gutiérrez*

Licenciada en Geografía e Historia por la Universidad de Sevilla, Experta en Género e Igualdad de Oportunidades entre Mujeres y Hombres por la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla y Máster en Dirección de Empresas de Economía Social por la Escuela de Economía Social. “Áccesit de publicación en XII Certamen Relatos Breves Mujeres 2017” por el relato “La Taza”. Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife. Noviembre 2017. “Reconocimiento Lavanda 2016 por la Igualdad de Género” concedido por CC.00 Andalucía por la creación del proyecto La Señora Malilla. Galardonada en 2015 por el Instituto Andaluz de la Mujer con el “Premio Meridiana” a la mejor iniciativa en producción cultural por SuperLola y el 8 de marzo de 2014 con el “Premio a La Igualdad” del Ayuntamiento de La Rinconada por su contribución personal y profesional a la Igualdad. Es autora de la Agenda escolar coeducativa para profesorado de infantil y primaria 2017-2018 para el Instituto Andaluz de la Mujer. Creadora de los cuentos coeducativos “SuperLola” y “Lalo, el príncipe rosa” y de La Señora Malilla, un proyecto profesional y artístico que tiene como objetivo la creación de proyectos formativos, culturales y creativos desde la perspectiva feminista.

# *La mirada de yo*

## SEGUNDO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Esta noche ha llovido. Mamá vino descalza y cerró la ventana con sigilo para no despertarme. La vi caminar, a través de la oscuridad, a tientas por la habitación, con el pelo enmarañado y su eterno camisón blanco. Parecía el espectro de una niña muerta que vaga por la casa buscando algo que no encuentra. Esperé a que se fuera, me levanté con su mismo sigilo y abrí la ventana para que la lluvia impregnara mis sábanas. He dormido con la lluvia...

Mamá se ha levantado nerviosa, no deja de trajinar por la casa hablando sola como de costumbre y cambiando cosas de sitio. Mi hermana apenas ha hablado en toda la mañana y mi padre ha estado encerrado en su despacho hasta que nos hemos marchado. Antes de salir, mamá ha comprobado por tercera vez que todo estaba en su sitio, el gas apagado, las cortinas echadas y las puertas cerradas. Mi padre es un maniático del orden y quiere que todas las puertas de casa estén siempre cerradas.

Nos hemos montado en el coche nuevo de mi padre. Mamá ha comprobado que llevábamos el cinturón de seguridad bien amarrado antes de emprender el largo camino. Yo se ha hundido lentamente en el asiento y ha empezado a mirar abstraída por la ventana. Mamá ha puesto la radio y ha empezado a cambiar cadenas buscando algo que no encuentra. Llevo la cámara digital que me regaló mi padre. Él siempre nos hace grandes regalos que molestan a mamá. Hace unos meses se presentó en casa con la cámara y unos patines para mi hermana. Yo los tiene guardados en su armario junto con el resto de regalos. Algunos siguen embalados en sus cajas y jamás la he visto emocionarse con ninguno. Es su forma de decir ¡No!

Sólo veo hojas amarillas y los rayos del sol que vienen a chocar contra el objetivo. Los árboles corren, los rayos golpean y se esconden, vuelven a golpear y se esconden. Mamá me dice que algún día voy a perder la cabeza, pero a mí me gusta esta

alameda por la que paso casi a diario, asomo la cabeza por la ventanilla del coche y apunto con mi cámara a las copas de esos árboles gigantes. Aguanto hasta que empiezo a sentir un dolor agudo en el cuello, entonces bajo lentamente y empiezo a grabar los coches que se apilan en el asfalto y a la gente que pasa por la calle con demasiada prisa. Miro la imagen que reflejo en el espejo retrovisor, me veo a mí misma pero esa no soy yo. No sé cómo explicarlo, pero esa niña que me mira fijamente a los ojos no soy yo.

Lentamente dirijo mi mirada hacia mamá, ella se vuelve hacia atrás y me pide por favor que no la grabe, mientras se toca nerviosa su hermosa melena. Mamá odia mi cámara, dice que paso demasiado tiempo con ella. Mi padre me mira fijamente por el espejo pero no dice nada. Bajo la mirada mientras siento un dolor agudo en mi estómago. Cuando mi padre nos mira todas bajamos la cabeza, miramos a otra parte o sonreímos nerviosas como queriendo huir de lo imposible.

Mi hermana no ha dejado de mirar por la ventana en todo el camino. No ha dicho una palabra. A través del objetivo veo cómo va haciendo círculos con un dedo sobre el cristal de la ventana. Dibuja sólo ella sabe qué y tararea con los labios cerrados su canción favorita. Apenas puedo oírla.

<< ¡Yo, mira a la cámara!>> le he dicho nerviosa. Mi hermana tiene los ojos oscuros y una mirada profunda por la que es difícil adentrarse. Yo rara vez sonrío, quizá por eso me gusta tanto su sonrisa, es como un fiel regalo que nos sé si merezco. Yo apenas habla pero siempre está a mi lado, como una hermosa perra guardiana que jamás abandona a su ama. Algunas mañanas me despierto y la encuentro hecha un ovillo en mi cama. Nunca se lo he dicho, pero la quiero más que a nadie en el mundo. Es imposible no querer a Yo.

<< ¡Yo, mira a la cámara!>> Lentamente ha girado la cabeza y me ha mirado. He sentido un nudo extraño en el estómago y no he podido sostener el objetivo contra su mirada. He vuelto a mirar por la ventana. La mirada de Yo era un grito sin voz.

Mamá parece nerviosa, mira a mi hermana a través del espejo retrovisor y habla como si no hubiera un mañana. Mi padre

hace como si no la oyera. Creo que en realidad nunca la oye. Él solo conduce y ni siquiera la mira cuando le habla. Mamá pasa ahora a su tema preferido, sus enfermedades. Esta mañana se ha encontrado un pequeño bulto en el pecho y está muy asustada. Ayer fue un fuerte dolor en los ovarios, antes de ayer una jaqueca incurable y desde que tengo memoria ha tenido todas las enfermedades del planeta. Nunca va al centro de salud, pero tiene los cajones atestados de medicamentos que ella misma se toma cuando le viene en gana. Mamá vuelve a mirar para atrás y me pide por quinta vez, que apague la cámara. Yo me mira y me regala una sonrisa.

Ya sé que estamos llegando pero no quiero saberlo. Agarro la cámara con fuerza y apunto a mi padre con ella, parece nervioso pero sigue callado. Mamá ha dejado de hablar, mira por la ventana mientras aprieta sus manos contra las rodillas. Es como si quisiera entrar en ella misma y desaparecer para siempre. Yo sigue ensimismada con su canción y sus dibujos en la ventana. A veces parece dibujar una ese y otras, una o. Creo que dibuja eses y alguna que otra o.

Hemos llegado. Mi padre me ordena que apague la cámara. Cuando mi padre ordena, el mundo entero obedece. Mamá empieza a llorar mientras abraza a mi hermana. Imagino que su pena se mezcla con una culpa que ni ella misma digiere. Su dolor parece muy antiguo, como si viviera en su cuerpo desde el comienzo de sus días. Nunca he visto llorar así a mi madre.

Mi padre ha ido a hablar con el director del colegio y ha regresado con una sonrisa desagradable en los labios. Lo he odiado por ello. Yo no ha dicho nada. Ha recogido sus cosas y se ha dejado llevar por una mujer de mirada fría y penetrante. La mujer ha cerrado la verja de hierro y mi hermana se ha quedado por unos instantes agarrada a los barrotes mientras me miraba. Antes de irse me ha cogido las manos con fuerza y las ha apretado contra su pecho. Se ha despedido de mí con una sonrisa. Esa sonrisa era mía, solo mía. << ¡Te quiero mucho Yo!>> le dicho en mi cabeza.

Ahora grabo ese maldito colegio que me separa de mi hermana. Me he sentado de rodillas mientras doy la espalda a mi madre y mi padre. No quiero verlos. Grabo el edificio de piedra,

la verja de hierro, el camino de tierra, cada vez más lejos de todo y de Yo.

Mamá se busca sí misma en la radio, pero nunca se encuentra. Mi padre me mira a través del espejo, parece contento. Mamá se compadece de sí misma e intenta convencer al universo, de que ha hecho lo que tenía que hacer. <<Mejor para todos>>, dice, mientras suelta un suspiro. Me aferro a la cámara porque por primera vez tengo miedo. Yo se ha quedado tras la verja y ya no la tengo a mi lado con su silencio. Mi padre me mira como siempre a través del espejo y mantengo su mirada a pesar del dolor que vuelve otra vez a mi estómago. <<Esto es lo mejor para ella ¿verdad?>>, farfulla mi madre. <<Yo estaba cada vez más rara, no sabía cómo ayudarla. Siempre tan encerrada en sí misma. Ese colegio es muy bueno y podemos visitarla algún fin de semana. Es lo mejor para ella. Allí no le va a faltar de nada, la llamaré todos los días y verás como todo se arregla.>> Mamá sigue con su listado personal de buenas razones para encerrar a mi hermana en un colegio de mierda. Ninguna me vale. Solo quiero estar en silencio.

Esta noche va a ser distinta. Esta noche no llueve, pero el viento golpea las ramas del sauce llorón que mi padre plantó en el jardín cuando nació mi hermana. Las ramas chocan violentas sobre mi ventana pero no tengo miedo.

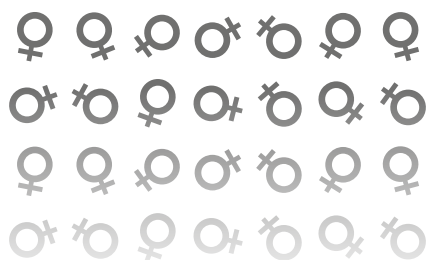
Esta cámara es lo único que tengo ahora en la vida. Mi hermana se desvanece más allá de aquella verja y no puedo dejar de pensar en ella. Esta cámara es lo único que tengo en la vida, la enciendo con cuidado y la dejo sobre la cómoda bajo mis antiguos juguetes. Nadie podría decir, que bajo esos viejos peluches existe una cámara encendida. Me acerco a ella lentamente y pronuncio su nombre. <<Yo>>.

Esta noche es distinta. Sólo se oyen las ramas del sauce sobre los cristales. Mamá duerme bajo los efectos de sus queridos somníferos. Mi madre sólo puede dormir con pastillas. A veces se despierta gritando con alguna pesadilla que jamás cuenta. Mamá no descansa nunca, permanece en alerta constante, como si viviera con la certeza de que el fin del mundo la estuviera esperando en algún rincón de la casa.

Oigo las ramas sobre mi ventana. Mi hermana apenas habla y rara vez sonrío. Mamá habla mucho pero apenas dice nada, ha aprendido a matar sus silencios a golpe de palabras. Mi padre nos mira, levanta la mano y todas callamos. Sigo oyendo las ramas sobre la ventana y el pestillo de la puerta que se abre. Aquella cámara es lo único que, en este momento, tengo en la vida. Esta noche sé que va a ser distinta. Cierro los ojos para no ver caminar a mi padre a tientas por la habitación y meterse en mi cama. Mantengo los ojos cerrados y me acuerdo de Yo y en su nombre empiezo a tararear su canción favorita. Ésa que apenas se oye. Mi voz se va a hacer muy grande, explotará las paredes de esta casa y la verja de hierro que me separa de Yo. No tengo miedo. ¡Ya no!







# TERCER ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

## *Una cocina propia*

Katya Vázquez Schröder

## *Katya Vázquez Schröder*

Nació en Córdoba (Argentina) en 1997. Estudia Español: Lengua y Literatura en la Universidad de La Laguna de Tenerife. Ha cursado estudios de música, dramaturgia y narración oral, y actualmente forma parte de la Agrupación de Teatro de Filología de la ULL. Ha participado como ponente en el I Seminario de Investigación Teatral y Muestra Escénica “¡Telón y cuenta nueva! La mujer en la escena española última”. Ha colaborado con reseñas en distintos blogs como *Mujeres Reseñando* y en la revista del Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias. Ha participado en diversos recitales poéticos dentro del grupo *Seis Locas Cuerdas* y el colectivo *MujerArte*. También es una de las autoras de la antología *Liberoamericanas: 100 poetas contemporáneas*.

# *Una cocina propia*

## TERCER ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Los invitados ya pronunciaron sus palabras de agradecimiento por la exquisita cena, por ese Malbec que todavía se mantiene cosido al paladar y por la buena compañía. Soy una dama de compañía. Antes de salir, le roban a la cabeza del perchero el sombrero y la bufanda con la que poco a poco se irán vistiendo de espantapájaros del frío de la ciudad. Al perchero lo dejan donde están, ya tienen varios, a veces incluso pasean con ellos de la mano. Tener es un verbo que pronunciaron con frecuencia durante la cena.

La puerta, después del ritual de despedida de aproximar un cachete con el otro mientras se produce un sonido labial, finalmente se cierra. El silencio entra por la última rendija que queda abierta. Quedan dos personas dentro de la casa (¿mi casa?). A veces me pregunto si no será solo una persona y media. Me dirijo a la cocina, al otro lado de las paredes alguien agarra un mechero y da vueltas a la rueda intentando prenderlo. Una mano lo golpea contra la mesa a la vez que se levanta para rebuscar entre los cajones otro mechero que tenga gas. No lo encuentra. Me grita algo -supongo que va dirigido a mí- que no logro descifrar. Se vuelve a sentar, mueve la rueda, prende el cigarrillo, deja el mechero y los pies apoyados sobre la mesa, enciende la televisión.

Con el eco de los presentadores de programas y concursos, dejo correr el agua que, sin titubear, siguen su camino hacia el resumidero, a las alcantarillas, allá donde el aceite de la lata de atún no se diferencia de un par de lágrimas. El palacio de dientes del Ratoncito Pérez nada tiene para envidiarle a mi palacio de porcelana y ornamentos de Ikea. Me gusta fregar la losa, me gusta fregar la losa, me gusta fregar la losa. Me gusta cómo se ven mis manos con el jabón y me gusta cómo el agua lo borra de mi piel de forma tan sencilla y eficaz. No tengo guantes. Me gusta cómo se arrugan mis dedos después de

cada almuerzo y después de cada cena. Dicen que bajo el burka que visten las mujeres musulmanas hay todo un mundo: nadie sabe quién está debajo. Me pregunto si en Occidente llevaremos burkas invisibles. En qué se diferencia estar protegida de estar escondida.

A la esponja le cae encima un líquido verde, una pintura de Rothko directamente sobre la goma azul. ¿Rothko lavaba los platos?

Plato, plato, plato. Mantel. Migas sobre el mantel. Una silla cercana a la otra, como en las butacas del teatro. Él con las piernas abiertas, los zapatos en punta en dirección a las rodillas, el pantalón del traje que no llega al tobillo y las manos que descansan sobre los muslos, aunque no por mucho tiempo. A veces ocurre como si las manos no tuvieran propietario y actuaran por voluntad propia: las manos que tocan el piano en el Retrato de Roma de Óscar Domínguez, el famoso Dedos de la Familia Adams o la mano que del muslo del señor pasa a mi muslo cuando la sala se oscurece y el escenario se ilumina. Se trata de una performance poética que desmitifica la figura femenina como engendro del mal. Y la mano recorre lo que parecen kilómetros de una pierna, que como la mano que la recorre, tampoco parece pertenecerme. Me arrimo todo lo que puedo al costado más alejado de la butaca: hacia la izquierda, la izquierda, la izquierda. Pero la mano llega igual. Hay una araña en mi piel que está a punto de picarme. Telón. Mantel. Bajo las telas siempre ocurren cosas. La cena está deliciosa, y la mano se aparece bajo el mantel a modo de recordatorio. Las arañas siempre llevan crías escondidas bajo su burka. Cae el telón, pero el mantel se mantiene donde está con toda la cena servida. Empiecen, que se enfría. A veces la esponja no saca del todo los restos del plato y hay que rascarlo con la uña, esa quizás es la peor parte: el contacto directo con lo que no ha sido ingerido. Digamos entonces que es un desperdicio. El agua caliente ayuda a sacar la grasa sobrante. No hay gas.

Una cuchara y el agua sale disparada hacia mí en múltiples gotas que me rocían la ropa que todavía no me dio tiempo de sacarme. Esa blusa anaranjada que pienso que me resalta los rasgos de la cara. Cuchara, tenedor, cucharita, tenedor. Pin-

char. ¡Eso son carnes y no las que echa mi madre al cocido! Las sombras susurran, pero hay en la noche un grito que se escucha cercano. Hay unos pasos que se oyen como un eco de nuestros pies. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotras, pecadoras. Qué bonitas piernas, ¿a qué hora abren? Es solo una cuadra que la oscuridad alarga; en zigzag se llega antes, si empiezo a correr llego a salvo. Piso una rama y me parece que se rompe mi arteria aorta, no hay susto que deba detenerme ahora, no querrás ser presa fácil para una manada de inhumanos. Quiero llegar a casa, llegar a casa, volver a llevarme a la boca un pedacito del sabroso estofado que haré para cenar. Para qué tanta preocupación, me preguntan, si no te va a pasar nada. Paranoica. El tenedor cuenta con tres agujijones, y es el del medio el que se te clava en el cuerpo con todo su veneno dentro. Poseidón es Poseidón por su tridente.

Enjabonar parece sencillo, pero merece una mirada atenta; no hay nada peor que encontrarse después un cubierto mal lavado. Después se tiene doble trabajo. Caen unas gotas más del lavavajillas a la esponja y quedan pequeñas burbujas flotando en el aire. La fascinación por las pompas de jabón no se termina en la infancia. Son tan pequeñas, tan círculos concéntricos, tan violeta y verde en los bordes, tan frágiles en su corta vida hasta estrellarse contra la gravedad. A veces nosotros mismos somos tan pompa de jabón, tan mano cubierta de espuma.

Nunca nadie supo cómo se lavaba un colador, resulta irritante fregar algo que en alguna parte va a mantener algún resto escondido, bajo la aparente imagen de estar limpio. Cuánto arroz de días pasados puede soportar un colador, ¿alguna vez se han hecho esa pregunta? Paso la esponja y se atraviesa la espuma, todo queda igual. Los agujeros hacen más transparente la situación. Cuénteme por qué quiere trabajar aquí. Llego en taxi aunque más barato me habría salido la guagua, me habría dejado a una cuadra del lugar donde aparcen los ejecutivos de esta empresa. Son coches de las más variadas gamas y colores. No son descapotables, pero tienen un techo de cristal. ¿Mirarán las estrellas en ellos? Veo que es joven, ¿pretende formar una familia en un futuro cercano, señorita? O quizás sea señora. Hay preguntas que no admiten ni un sí ni un no, ninguna de

las dos respuestas sería correcta. Ni siquiera está bien formulada la pregunta. Ni siquiera tengo ganas de contestarla. No se le habrán ocurrido preguntas sobre mi formación, mi experiencia, mis metas. Se habrá quedado sin imaginación. Son malos días para la creatividad. No se preocupe, señor (¿o señorito?), no puedo tener hijos.

En los coladores no me queda muy claro si lo que se queda arriba es el desperdicio o lo que se escurre a través de los agujeros.

La puerta de la cocina se abre, no escuché los pasos que se acercaban, de modo que di un respingo cuando me vi interrumpida en mis cavilaciones. Una figura se deja arrastrar en sus alpargatas por el suelo, ayudándome con el barrido. Sí, ayudándome. Se acerca al frigorífico y lo abre. Lo cierra. Lo vuelve a abrir de la misma forma que lo hizo cuatro segundos antes. Se detiene ante la luz amarilla que se filtra entre los yogures. Agarra una lata de cerveza y cierra la puerta del frigorífico, la luz se apaga. Antes de salir por la puerta, noto en mi trasero el contacto brusco de una mano que no es la mía. Los caballos solo pueden patear para atrás. La cocina vuelve a quedarse en el murmullo del agua que corre, como si me encontrara en una pradera de arroyos que desde las cumbres de las altas montañas se independizan y caen por el resumidero en picado.

Va quedando menos, aunque siempre aparece una nueva pila amontonada, esta vez la del postre, que se yergue cual Torre de Pisa, tan blanca e inestable. La vajilla de porcelana, las tacitas de la suegra que más de una se ha agrietado ya. Azul y blanco para que dé sensación de liviandad cuando los coloques en la vitrina del armarito aquel que les regalamos la Navidad pasada. ¿Entonces no piensan tener hijos? Debes estar derrotada con la noticia, una mujer si no es madre, poco de mujer tiene. Después de criar a mis seis hijos todavía tendría fuerzas para criar a uno más, ¡y a mi edad!, fíjate lo que te digo. Pero no te angusties, siempre hay otros métodos, no tan naturales, por supuesto, pero se pueden buscar soluciones, para que no te quedes así, tan sola y desamparada. Aunque, claro, te entiendo, ya tienes a tu hombrecito que te cuida, picarona. Seguro le harás muy feliz, aunque cuídate ese pelo que ya se te van

notando las canitas, y a los hombres más vale tenerlos contentos. ¿Más té? Estas tacitas la verdad es que son hermosas, las compré cuando andaba paseando por... Una tacita se me acaba de resbalar de las manos enjabonadas y se le ha partido un pedacito en la parte superior, allá donde el pintalabios siempre se queda marcado. La vajilla, apenas tenga una rotura o algún defecto, hay que tirarla, casi con urgencia, por si acaso que pueda contagiar al resto de las piezas. Tan descartables como vasos de plástico.

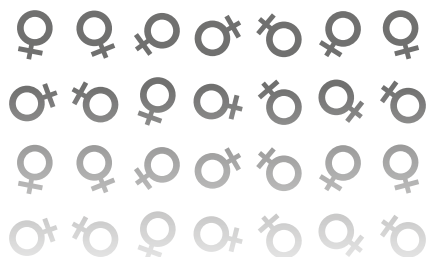
Vaso. Vaso de sidra. Vaso de agua con gas. Copa de vino. Chin-chin. ¡Salud! Brindemos por los novios. En la salud y en la enfermedad. Vestida de blanco, blanco-copo de nieve, blanco pureza, blanco sin deseo. Blanco como la espuma del jabón en la esponja.

Ya no hay palacio, ni torres, ni paredes de porcelana, todo ha quedado pasado por la mano del agua, que deja los platos con su rocío de limpieza y fragancia. Lo más despiadado queda ahora, cuando con los dedos hay que recoger los desperdicios que quedan en el fregadero. Si no, se atasca, se atasca y... En la garganta también se van sedimentando los restos que no se dicen, que se tragan como lo hace el resumidero. Un olor fétido comienza a salir de allí. Algo adentro se va muriendo. Y en la garganta se va formando un nudo cuando una mano amenaza con caer sobre la cara con todo el estrépito de un meteorito. Sin pensarlo mucho (mucho más), saco con los dedos lo que quiere filtrarse por el desagüe. Pero sí, sí lo he reflexionado mucho ya.

Se acabó. Todo ha quedado limpio. Paso el trapito por la mesa, por el grifo y por cada borde una vez más, para eliminar las gotitas de agua con jabón que puedan haber quedado. Después se quedan las manchas de cal. Sí, por fin se ha acabado. Dejo el trapito, el lavavajillas y la esponja uno junto al otro, para que no sea complicado después de encontrar. Me seco las manos. Abro la puerta de la cocina. Abro la puerta de la casa (¿mi casa?). Allí donde se encontraba el perchero ya no estará más. Finalmente, la puerta se cierra con el sonido de cien platos sucios cayendo al suelo.







# CUARTO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

*Estocolmo*

Beatriz Imbert Astier

## *Beatriz Imbert Astier*

Nació en Bilbao en 1958. Lleva residiendo más de 20 años en La Palma, donde trabaja como maestra en el CEIP Adamancasis de El Paso. En ese centro acerca la lectura a muchos niños y niñas a través de la Biblioteca Escolar y alienta la escritura en su labor docente, colaborando en todas las acciones encaminadas a erradicar la desigualdad por género y a potenciar el empoderamiento de las niñas.

Desde niña tuvo una relación intensa con la lectura y la escritura. Escribe poesía bajo el pseudónimo de Marta Ariste y con este nombre publica un blog de poesía "Poemas de viento y agua" (<http://martaristepoesia.blogspot.com/>).

Escribe también relatos breves y cuentos para niños. Fue finalista en el Premio Protagonistas de la Aventura más grande del planeta con el relato Isla Basura. Como poeta ganó el IV Premio de poesía Antonio Pino.

# Estocolmo

## CUARTO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

### I

Mi madre y yo estamos en el recibidor delante de la puerta de nuestro piso. Yo arrastro una maleta y ella, de pie ante la puerta, me corta el paso.

—¡No te vayas, por favor, no te vayas!

—Mamá, sabes que voy a marcharme.

—No me encuentro bien, ¡no te vayas!

—Mamá, estás bien, no te pasa nada.

—¿Y si me ocurriera algo? ¿Si me caigo o si me explota la olla a presión?

Yo señalo a través de la puerta cerrada:

—María te podrá ayudar. Tu hijo está en Madrid. Llámale si te pasa algo. En dos horas puede llegar.

—Cristina, escúchame, no hace falta que te vayas.

—Mamá, ya está. Solo va a ser una semana. Estarás bien.

Le doy un beso en la mejilla y la aparto con suavidad. Atravieso el umbral agarrando con fuerza la maleta y, mientras espero el ascensor, sigo oyendo sus “no te vayas” tras la puerta cerrada. El nudo en el estómago se tensa aún más.

### II

Me despierto por la mañana en la habitación del apartamento y no sé dónde estoy.

Entonces, la maleta, el avión, el aeropuerto de la isla acuden de golpe a mi mente y me mareo. Decido quedarme un rato más en la cama. La angustia comienza a trepar por mi cuerpo como una serpiente pitón dispuesta a devorarme. Me levanto de un salto para que la serpiente no me coma. Pienso en ir a la playa. Me pongo el bikini y el pareo, agarro una silla de playa que encuentro en el apartamento y me lanzo al mundo exterior, sin desayunar nada. El estómago sigue cerrado.

La playa es de arena negra, ¡qué triste! Hay poca gente porque el día está gris, a juego con la arena. Con mi pelo rosa, yo debo parecer un farolillo en medio de tanta grisura. Pienso que tenía que haber mirado un poco más el viaje. Puede que hubiera estado mejor en Salou. Pienso que, por lo menos, aquí estaré más relajada con tan poca gente. Aunque una mosca pesada que tengo encima no me deja ni leer. No sé, siete días igual van a ser mucho tiempo.

### III

No puedo dejar de pensar en mi madre. Sé que va a estar bien, pero me angustio. Hace tiempo que no nos separábamos. Quizás desde que murió papá, hace cuatro años.

Paco también estaba empeñado en que no me fuera. Que a dónde iba yo sola, que me iba a echar mucho de menos, que cada día que pasa me quiere más y que a ver cuándo nos vamos a vivir juntos... o a casarnos, si eso es lo que yo quiero.

La verdad es que no sé lo que quiero. Por eso me he venido a esta isla yo sola. Porque lo único que sabía era que había algo que me estaba cerrando el pecho, que me costaba respirar y me despertaba por las noche casi asfixiada. Por eso me he venido hasta aquí. Porque todo a mi alrededor -mi madre, Paco, el trabajo- me estaba ahogando cada vez más.

Aquí no estoy mejor, pero prefiero esta angustia sorda y tensa, este dolor en el estómago a sentirme asfixiada.

### IV

Después de la playa he ido por detrás del paseo y he encontrado un bar limpio y casi vacío: Se llama Orinoco, según dice el cartel de letras descoloridas que hay encima de la entrada. Los chiringuitos del paseo no me atraen. Demasiado concurridos como para fijarse en una persona sola y atenderla como es debido. Además no sé qué pinto yo entre tanta gente que bebe y ríe como si estuviera bendecida con una vida magnífica y fuera completamente feliz.

En el restaurante pido media ración de calamares con papas fritas, alioli y una cerveza. Me lo sirve una chica de baja estatura y de complexión fuerte, con el pelo corto y ensortijado

y una expresión algo hosca. Me mira comer en silencio desde su puesto detrás de la barra.

## V

Tatiana mira a Cristina, mientras va metiendo los vasos en el fregaplatos. Observa su pelo más corto en la nuca y en los lados y el copete rosa en lo alto de la cabeza. A ella ese estilo no le quedaría bien, tiene el pelo demasiado rizado. Hay más cosas que le atraen de esa mujer, su frugalidad, por ejemplo, el que solo haya pedido media ración de calamares. Tatiana odia vaciar los platos de clientes que piden demasiada comida. También le gusta que esté sola. Hay mujeres alemanas que viajan solas, pero es más raro encontrar a una española que lo haga. Se imagina en su lugar. Fantasea viéndose en un país del norte, con guantes y bufanda, ella sola en una cafetería tomando un chocolate bien caliente.

## VI

Sigo yendo cada día a la playa y viniendo comer al Orinoco.

Establecer una rutina me ayuda a sentirme más segura y menos aislada. Me alivia saber lo que voy a hacer al día siguiente, contar con que voy a ver a la chica del bar. He descubierto que se llama Tatiana.

Me acuerdo de mi madre casi a todas horas. De Paco me acuerdo menos. Hablo con los dos todos los días. Mi madre se ha resignado a este viaje. Me pregunta si como lo suficiente, si duermo bien e incluso ha llegado a sugerirme que salga a bailar una noche, que me lo merezco. Paco no me anima a salir por las noches, claro.

Sigue contándome que me quiere un montón y me pregunta casi cada día a ver si a la vuelta nos animamos y nos ponemos a vivir juntos. Yo no le digo nada. Me hago la loca y lo dejo correr. Paco es un buen hombre y sé que me quiere. Estoy a gusto con él y me río de sus ocurrencias. Pero cuando pienso en vivir juntos veo siempre la misma imagen: yo de pie planchándole una camisa. Entonces siento de nuevo el ahogo y me entran ganas de salir corriendo. Son unos sentimientos raros. Paco es un buen hombre y debería irme a vivir con él.

## VII

Tatiana se ha acostumbrado a la presencia de la mujer del pelo rosa siempre a la misma hora y mira el reloj de vez en cuando hasta que aparece por la puerta del bar. Hoy ha pedido barrilote con papas arrugadas y mojo verde, media ración, como siempre.

Mientras limpia la superficie de la barra y el expositor, la observa y vuelve a imaginarse a ella misma haciendo un viaje por el norte de Europa. Sabe que solo son sueños porque su madre no puede quedarse sola. Bastante es que su tía le eche un ojo cuando ella está trabajando. Los médicos dijeron que es un tipo de demencia, no el alzhéimer. Su madre no recuerda donde dejó las cosas. Un día salió en camisón para ir a misa. Lo peor es que está intratable. Se enfada y grita a la más mínima.

—¿Por qué me odias? —le preguntó anoche a Tatiana con los ojos ardiendo de rabia—. ¿Por qué me martirizas todo el rato? Te crees que no sirvo para nada y que eres mejor que yo. Pues entérate, sigo siendo tu madre. Yo fui la que te dio de mamar durante un año. Y ahora pretendes mangonearme. ¡Payasa! —esto último lo dijo casi aullando.

—¡Quién me mandaría a mí tener hijos, quién! —siguió gritando en medio de la noche—. Una inútil que no sirve más que para fregar vasos en un bar y dos desagradecidos. Más me hubiera valido seguir mi vocación y meterme monja. ¡Maldita la hora en que le dije que sí a tu padre!

## VIII

Los días han ido pasando, ya mañana me voy. Estoy contenta porque he aguantado toda la semana sin venirme abajo. Tengo un suave bronceado y me siento más ligera. La arena negra ya no me parece tan triste. Durante esta semana he conseguido apreciar su matiz mineral, el brillo que le arranca el sol cuando está mojada, los granitos verdes y amarillos que esconde entre su negrura.

Hoy en el Orinoco pediré de despedida una vieja a la plancha y media botella de vino blanco.

Tengo ganas de volver a ver a mamá y a Paco. Mamá puede resultar algo cargante, le gusta que estés pendiente de ella. Sin embargo siempre me apoyó y me animó para que estudiara.

—Cristina, haz lo que quieras, pero estudia una carrera —solía decirme—. Yo me quedé con las ganas de hacer secretariado. Tu abuela opinaba que era mejor que aprendiera solo labores y economía doméstica, lo suficiente para llevar bien una casa. Ella tuvo que ponerse desde muy joven a trabajar con una modista que hacía la ropa para la mayoría de las mujeres de alcurnia de Valladolid. No tenía ninguna buena opinión del trabajo asalariado. Pensaba que era mejor un buen matrimonio que perder la vista con el hilo y la aguja o la máquina de escribir. Así que se decepcionó un poco cuando me casé con tu padre que trabajaba en la Renault. Yo soy muy feliz con él, pero tú tienes que estudiar y trabajar para ser independiente.

## IX

Tatiana se ha enterado de que Cristina, la mujer del pelo rosa, se va al día siguiente. Hoy come por última vez en el Orinoco y Tatiana le sirve con especial cuidado. Pide en la cocina que le pongan la vieja de mejor aspecto y decide invitarle al vino. Hay algo en esa mujer que le llena de ternura y esperanza. Nota su fragilidad y su indecisión. Al mismo tiempo intuye que es obstinada una vez que ha emprendido algo. Se siente identificada con esa mujer. Piensa que ella también puede viajar sola. Anoche, cuando acostó a su madre, estuvo mirando vuelos a Estocolmo en internet. Si sus hermanos colaboran y su tía accede, ella podría irse una semana dejando a su madre bien atendida. Ya va siendo hora de que sus hermanos arrimen el hombro. Su madre no tuvo solo una hija. Cuando toque repartirse la casa y los dos pajeros, entonces sí que querrán formar parte de la familia. Durante esta semana ha ido desarrollando un nuevo sentimiento de justicia en el reparto de los cuidados de su madre. No quiere ya, ni va admitir que encargarse de su madre recaiga únicamente sobre ella. ¿Por qué motivo? ¿Por qué es la hembra?

Cada vez está más decidida. Quiere ir a Estocolmo. Viajará sola.



## X

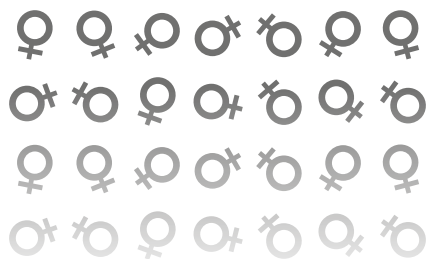
Estoy en el avión adormecida por el ronroneo continuo de los motores. Paco pidió el día libre y va a buscarme al aeropuerto de Madrid.

Tengo ganas de llegar y al mismo tiempo me da pena dejar atrás este momento. La modorra del vuelo viene acompañada de una especie de euforia, como si el situarme por encima de las nubes me diera la posibilidad de despegarme de todas las rutinas, de todas las pequeñas miserias que me esperan allá abajo. En este instante me siento libre de cualquier atadura; libre y fuerte para tomar cualquier decisión, por inconveniente que resulte.

Una pequeña idea ha empezado a germinar dentro de mi mente. Ha crecido y se ha expandido hasta volverse diáfana y completamente coherente.

—No voy a irme a vivir con Paco —pienso—. Bastante trabajo tendré con mamá cuando envejezca como para tener que ocuparme también de las cosas de Paco. Es un buen hombre pero no sabe hacer nada en la casa. No cocina, no friega, no plancha. Todo se lo hace su madre. Pues que siga viviendo con ella. Para mí está bien como nos las arreglamos ahora. No necesito más.

Y a mamá le voy a decir que una vez al año voy a hacer un viaje. Sola. Ya sé cuál será mi próximo destino. Voy a ir a Estocolmo.



# QUINTO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

## *Vestir al desnudo*

Gloria Fernández Sánchez

## **Gloria Fernández Sánchez**

*Licenciada en Derecho e Historia Antigua. Trabajó en prensa internacional y en diferentes excavaciones arqueológicas. Ha residido más de veinte años en distintos países de Europa, Asia y África (Indonesia, Alemania, Egipto, Suiza, Italia, Francia y Turquía).*

*Hoy vive en Madrid, colaborando diariamente con Antonio Ferres, clásico de la generación del 50. El último libro de los dos ha sido conjunto.*

*Ha publicado una novela, traducida al alemán: Die verwundete Prinzessin, en*

*Luzern Verlag. Y un poemario Retratos sin paisaje, en 2016, así como un ensayo con Antonio Ferres, Madrid revisitado, en 2018.*

*Ganadora de los certámenes de poesía Cinta Vargas, 2016, así como del Leopoldo de Luis y del Pepa Cantarero en 2017. En relato se alza, entre otros, con el segundo premio de Villa de Colindres, 2017, Las palabras escondidas, 2018, Antonio Porras, 2018, María Eloísa García Lorca, 2018, y este accésit de Relatos Breves Mujeres de Santa Cruz de Tenerife.*

# *Vestir al desnudo*

## QUINTO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Julia se estaba duchando cuando observó su cuerpo, aún joven, aún con esplendor de termas, ágil y musculado suavemente, que nadie acariciaba. Cosméticos, perfume, crema y polvos de talco, cual azúcar molido. Se despeñaba la espuma como nata fresca entre las ingles. Y el pecho, que ni la lactancia desfiguró, surgía con pezones rosas y arrogantes.

-¡Mamá, ven y ayuda!

-Estoy en el baño. Un momento. Después.

La sensualidad atada a la desdicha. A pesar de un cielo nítido, de un añil remoto, un calor húmedo comenzó a reinar.

Se secó despacio; procuraba engañar a su epidermis con un galán, que era ella misma. Entonces detuvo los ojos en el sujetador que había comprado: le atravesó una punzada de culpa. El precio, ah. La belleza del tirante, el encaje sobre las copas de satén, un dibujo de candelabros que habrían ardido en algún palacete. Muy hermoso, el buen gusto, lo inasequible. Por hábito, gastaba solo en la pequeña. También retenía un poco para su madre.

Despertó, sobresaltada, en la tibia pesadez de la alcoba. Presagio brusco y sudor. Un augurio, quizá. Creer en esas antiguallas es de imbéciles. Escuchó un programa sobre premoniciones y se sugestionó. Antes de dormir no comer, no beber, no pensar.

-¿Cuándo sales?

-Hija, imagínate que floto en la luna. Calcula lo que tardaría. La velocidad de la luz, no, todavía no sabes qué es eso. Un mes. Me he mudado a un satélite.

-Entonces no me oirías, mamá tonta.

Vivían en un edificio antiguo, de balcones estrechos, con

la fachada sucia de grafiti. Pero en ese instante era una deidad, serpenteando sobre sus fieles, humillados bajo la escalinata del santuario. Tran el ventanuco el aire sacudía la complejidad de los cristales. ¿Por qué le había abandonado aquel hombre, con el peso terrible de la hija, hija de los dos? Triste sin motivo, descontenta con todo. ¿Por qué?

-¡El único que me quiere es papá!

-¿Quién, mi vida?

-Papá. Cuando nos vemos nunca va al servicio.

Una vez al mes, una tarde corta. No iba a responder, la niña jugaba con sus cartas chantajistas. ¡Si ella no estuviese, ya habría encontrado un amante! Al colocarse la camiseta y los pantalones fue poseída por un estremecimiento voluptuoso.

Un beso. Necesitaba ser besada de inmediato y profundamente. Sólo tenía treinta y cinco años. También la juventud duele y escoria. El almizcle, la posposición del placer como deleite y tortura. ¿Pronto sería invisible a los hombres?

-¿Para qué gritas? ¡A ver!

-¡Viste contigo a la muñeca!

Una melodía, la compuesta para nosotros, ésa que bailábamos juntos. Cómo suponer que me dejarías así, sin aviso ni síntomas de distanciamiento. La noche en que nos acariciábamos por la alfombra, sobre los muebles, ya riendo bajo el frío de la amanecida, como si el ardor de la naturaleza no tuviese final. Volcaste el tablero de ajedrez.

-Los trajes. Hay cuatro.

Con docilidad la muchacha se acuclilló en el suelo; retuvo el mechón dorado de la pequeña para contemplar su brillo. Así fue ella también: arisca, única e irresistible. Sonó en el cuévano del pecho una música que fue dulce; traía chispas, virutas, gozos. Dar de comer al hambriento, de beber al sediento, consolar al triste. En eso consistía la maternidad, en llevar a cabo las obras de misericordia.

-Mamá, ponle botas y calcetines.

-No, hoy hace buen día.

-¡Han dicho que va a llover!

Sollozó el teléfono fijo, al que estaban desacostumbradas. Se miraron sorprendidas.

-Sí, soy yo. No comprendo que... Julia... sí... ¿mamá? ¿Un accidente de automóvil? Explíquemelo. No necesito sentarme. Soy una adulta. ¿Medicina Legal? De inmediato.

Hizo un esfuerzo por recomponerse y no asustar a la niña, mas temía desmayarse allí mismo. No, Dios mío, impídelo. Después caeré como una marioneta, ahora no es posible. La mujer de Hopper, en su aturdimiento solitario. Luchar sin vacilaciones, se oye el fragor de la batalla y no restan excusas.

-Te quedas un rato con la vecina. ¿Quién podría acompañarme? Dios mío ¡estoy sola por completo!

La niña había detectado la gravedad, la aspereza, una espina entre los ojos. Se detuvo el tiempo con dolor: un paréntesis metafísico inundaba el cuarto. La madre recogió el bolso y las llaves.

-Ponte la rebeca. Deprisa.

-Yo no sé los botones.

Cerró la puerta, llamando al apartamento de enfrente.

-Por favor, cuidala hasta que vuelva. Lo que ha sucedido...

Taponó los oídos de la criatura, y ésta intentó deshacerse de aquellas manos que sajaban la relación de los hechos. Igual que en la piscina, cuando descendía con las gafas de plástico entre la danza de los nadadores. La cara de la otra. Abría los ojos. Se cubrió la boca con los dedos. Trató de abrazarla, pero no pudo; sujetaba algo hirviente, un cacillo. Al fin la liberaron.

-Por lo menos llévate una bufanda. Va a llover.

-No, qué más da. Hoy qué más da.

Y, antes de que reaccionase, la amiga se la echó por el cuello. Ni siquiera Julia le ordenaba un "pórtate bien", "no

grites”, “come lo que haya, sin quejas”. Cero. La niña pensaba: no regresará. Aterida.

Al penetrar en el taxi se le secó la lengua. La indiferencia de aquellos viandantes, la rutina, el conductor que aguardaba instrucciones. En fin. Verá. El Instituto...

-Comprendo. Tranquilícese.

-Mi madre. Piden que la reconozca. Se habrá equivocado, sin duda.

-¿Por qué no llama a su móvil?

La ansiedad, la torpeza. Ni se le había ocurrido.

-Nadie lo coge. Ah, ¿quién es? Entonces ¿es cierto?

El taxista curioseaba por el retrovisor.

-Todos moriremos. No sabemos cuándo. Lo siento por usted.

No anhelaba llegar. De ningún modo. Sombras de tonalidad malva o visón. Le inundaba una acerba piedad de sí misma, un leve aviso de náusea. La ciudad de los enmascarados. Eran ellos y eran otros. Sin embargo, los semáforos se abrían, fluyendo el tráfico a gran velocidad. Sin modo de retrasar lo inevitable.

Grandes nubarrones, de color tinta, escalaban un cielo esplendente.

Al entrar en el edificio, logró dominarse. La morgue, pesadilla repugnante y carnal. Un funcionario se aprestó a sostenerla.

-Ha sucedido esta mañana. ¿Viene sola?

-Nadie, nadie... Mi padre nos dejó.

-Es un trámite corto. Seguro que es usted más fuerte de lo que imagina. ¿Desea mirar por el cristal o despedirse dentro?

-Quiero besar a mamá. Sus labios de bronce.

Claridad súbita en el recinto. Se iluminó el cuerpo, como si se tratase de una pintura de Mantegna. La del Cristo Yacente. Sobre un altar cuadrado de plata. Aroma a mirra, de un pebetero invisible.

-¿Qué es eso? ¿Por qué tiene la cabeza torcida?

-Me parece que se quebró unas vértebras. La reconoce ¿no es así?

Y mantenía una circunspección minuciosa y profesional.

Se arqueaba la nuca y bajo ese puente surgía un fulgor. Sintió Julia un navajazo en el estómago. Aquella muñeca de plástico era mamá. Había observado su desnudez hacía pocos meses. Tan flaca y huesuda como ella, tan iguales. En la frente, un borbotón de mínimas rosas. Confidencias por susurrar: me eres sustraída, te llevan, te alejas.

Sonó un trueno. Julia, con alarma, se volvió.

-¿Qué susto!

-Una tormenta -repuso el encargado, con actitud de indiferente laconismo.

Doseles sobre el sueño interminable. Desterrada de la superficie. Tu corazón, mamá, de ríos y de leche, desecado y yerto. Me avergüenza meditar en lo insignificante que te juzgué, en el ayer, en el casi hoy. Y ahora mi verbo está cautivo y tu escuchar es vano. En este momento, lo colosal de la muerte te engrandece. El atrezo, el coro de un réquiem inaudible, ese metal color platino que me aturde.

-¿Usted cree en el Juicio?

-Yo ni comprendo lo que pasa aquí. Imagínese en la ultratumba.

-Ella carecía de maldad. ¿Quién iba a condenarla?

Transición al capítulo práctico y necesidades terrenas.

-Guardamos café. Calentamos para los que vienen. ¿Le ape-tece un vasito, uno de plástico? Firme aquí el reconocimiento.

-Habrá que pagar. El ataúd. Nunca lo había pensado, Dios mío.

-Su madre contrató un seguro. Se encargan de todo. No quiso que se encontrase con problemas.



-¡Ah! Jamás me explicó...

-Persiste un mínimo detalle... Los de las pompas fúnebres me piden un sostén. No sabemos qué habrá sucedido con el suyo. Es más decoroso. Abajo hay unos grandes almacenes.

Julia se quedó mirando al hombre. Como enloquecida.

-Voy al servicio.

Ya huérfana y ahuecada, pero aún madre, más maternal que nunca. Doliente la luz, que arde como un bálsamo. La pos-trimería y sus ondas. La lengua como una fruta que se corrompe.

Se quitó el sujetador y salió con él en la mano.

-¿Se lo puedo colocar yo?

-Está prohibido. Gracias. Coja el bolso, está aquí. La llamaremos.

El verano con ella, allí en el torreón, bajo los columbarios. El pórtico. La cigarra insistente del estío, el camino de polvo y su destello, los enormes pinos como montañas con brazos protectores. Tu miseria y tu gloria, mamá. Dulcemente serás medida, hasta el agotamiento. El Día de la Ira llega y te arrebató.

-La niña me espera. Ni habrá comido.

Le asustó la lentitud futura del tiempo, que prefiguraba. Por primera vez se vio en la intemperie de la tierra. Cuántas ganas de llorar. Irresistibles. Mas no pudo.

Llovía mucho, sobre vivos y muertos, sobre los que eran amados y sobre los que no aguardaba nadie, sin ya misión en la urbe. Las ráfagas de viento se ensañaban con las heráldicas cristaleras. Iba Julia contando los truenos; intentaba, con torpeza, recordar la velocidad del sonido. Medir su distancia del oyente. Trescientos metros por segundo. Eso es. Los rayos delirantes, como un pájaro en llamas, a solo un quilómetro de ella.

Una chispa de amarillo cadmio. El mechón rubio de su hija. La boquita acanelada, el ámbar de su iris.

-Y ahora ¿a dónde voy? No hay taxis.

La ciudad latía, indiferente a las deserciones en el ejército de los vivos. Las parejas entraban en los cafés para guarecerse. Después de la sequía, el orbe se mostraba satisfecho, feliz.

-¿Acaso yo grité por los demás? Guardaos vuestras lágrimas, contadas y medidas, para vuestro linaje. Ah, ¿qué digo?

Un músico ambulante, con una guitarra vieja, seguía cantando. Dar posada al peregrino y enterrar a los muertos. Un charco con visos de petróleo. No llevo botas, cuidado, salta. Un teatro abre sus portones, cómo huele a perfume. ¡Hace tanto que no asisto a ninguna función!

-Sus besos, ya imposibles. Mamá ven, vuelve, no me prepares esta jugarreta de mal gusto.

Su aliento, con textura de cobre y madera. Los arrumacos tan prietos, capaces de herir. La llaga y sus límites. ¿Salpicaba sangre su frente?

-Tú me tocaste con esa avidez del ciego; con la concentración del orfebre y del escriba. ¡Y yo no lo apreciaba! Mamá, vuelve de una vez.

El público, bajo un rigodón de paraguas, entró en una sala minúscula. Conciertos de música barroca, donde alzar el espíritu hasta los ángeles. Álgebra más Teología.

-La camiseta se ha empapado.

Esa lasitud insólita, al no llevar sujetador, la liberaba como a una escolar. Los pezones se erguían con el frío, con esa juventud incoercible y vencedora.

La pequeña estaría preocupada; la vecina también. No atinaba a llamar, acercándose ya al barrio. ¿Había recorrido tantos kilómetros? ¿Era posible? Como llovía menos, la gente curioseaba su aspecto porque iba chorreando. Un armisticio de la naturaleza.

Tañía una campana de aire y fuego, solo fruto de la imaginación. Volteaba cantando con dolor lúgubre: "Hoy suena por ti. Hoy es por ti".

La niña, la mocosa, si no estuviera, ¿qué sentido tendría siquiera respirar?, pensó Julia, rendida.

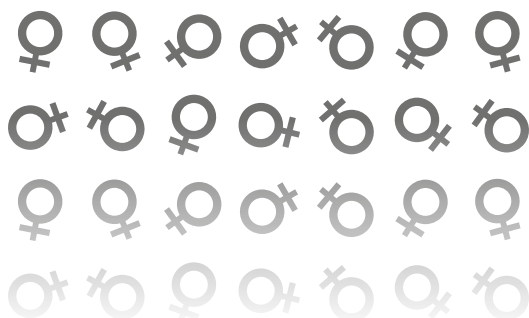
Cayó la niebla. Parecía la carpa de un circo en una mudanza oscura, interminable. Con qué intensidad empezó su llanto y qué bien se mezclaba con el lloro celeste, que se desplomaba también por las mejillas. No le era dado otear el lienzo de muralla, mas seguía andando y cruzaba calles, en un dédalo conocido. Se alzó un silencio. Después, un rugido en la atmósfera. Brillaban más chispas que nunca. Se elevó un suspiro profundo como rumor lejano de multitud.

¡Vive, vive mientras puedas! Lo oía en la entraña y se avergonzó. Las voces no cesaban. ¡Disfruta! ¡Te debes a los goces de tu edad!

Sonó un piano. Alguien trazó un estudio de Chopin; desafinaba en el temblor del arpegio. Observó un destello tras los puentes, una explosión sorda. Y Julia corría sin una duda o un segundo de reposo, vio la luz dubitativa de un café al lado de su apartamento, las piernas encharcadas, el corazón claudicante; era tan joven y quedaban tantas cosas por hacer, tantísimas cosas por hacer.



**JURADO DEL**  
**XIII Certamen de Relatos Breves**  
***Mujeres 2018***



**PRESIDENTA**

**Carmen Delia** Alberto Gómez

**SECRETARIA**

**Ana Belén** Crespo Rivera

**VOCALES**

**Izaskun** Legarza Negrín

**Alba Sabina** Pérez Pérez

**Eduardo** García Rojas

**Rafael José** Díaz Fernández







  
**SANTACRUZ**

El corazón de Tenerife